

REVISTA EUROPEA

TOMO DECIMOCUARTO

SEGUNDO SEMESTRE DE 1879



MADRID
REDACCION Y ADMINISTRACION

CAMPOMANES, 8, PRINCIPAL

REVISTA

INDICE DEL TOMO XIV

EUROPEA

MINISTERIO DE CULTURA

TOMO DE QUINCUAGUANTO



MADRID

EMBAJADOR Y ADMINISTRADOR

ÍNDICE DEL TOMO XIV

- Alcalde Prieto (Domingo).**—Las facultades del alma.—69.
— La felicidad humana, cuadro de costumbres.—465, 499, 533, 665, 691, 723, 758, 786 y 801.
- Al-deguer (J. G.).**—La mañana, poesía de Víctor Hugo.—448.
- Arana (Vicente de).**—Alfredo Tennyson.—20.
- Arrangoiz (F. de).**—Historia de la pintura en Méjico.—303, 335, 370 y 393.
- Azcárate (Gumersindo).**—El hombre práctico.—515.
- Bain (A.).**—La ciencia de la educación.—La disciplina.—289.
- Barine (A.).**—El espíritu caballeresco en el Japon.—577.
- Barrera (Pedro M.).**—Causas y efectos, cuento.—227.
- Beaunis (M.).**—Las enfermedades del espíritu segun Mansdley.—417 y 449.
- Bibliografía.**—En todos los números.
- Boletín de las asociaciones científicas.**—Congreso de Montpellier.—350 y 415.
- Brouardel (P.).**—El médico legista.—193.
- Burell (Julio).**—Sonetos.—Amor y olvido.—32.
- Bustillo (Eduardo).**—La caja de los secretos, soneto.—350.
- Cabello y Madurga (Pedro).**—Estudios pedagógicos.—Escritura usual inversa ó de caracteres en relieve.—Sistema de Llorens.—Reglas generales de enseñanza.—28.
- Cazelles (E.).**—De la influencia social del espíritu científico.—385.
- Costa (Joaquin).**—Bibliografía.—La España primitiva segun F. Fita.—406.
- Dally (E.).**—La gimnasia.—481.
- Delacour y Roger.**—Las de Cain, juguete cómico en un acto.—152 y 213.
- Dick de L.**—El nihilismo.—76, 104 y 209.
- Duimorich (A. M.).**—Sobre los reinos de Tai-fas.—108.
- Escudero (Bernardo).**—Leyes naturales económicas de la prosperidad y de la justicia.—326, 360, 387, 420, 452, 485, 520 y 549.
— Estudios sobre economía política.
— Cambio, precio corriente, riqueza.—582.
— Colonización.—614.
— De la prosperidad.—650 y 686.
— Del lujo.—719.
— De la propiedad.—749.
- Farjasse (D. D.).**—De la reforma del Derecho de gentes, por Frederick Seebohm.—Introducción.—132.
- Fastenrath (Juan).**—Los monjes artistas de Tegernsee.—569.
— Hildegarda de Bingen é Isabel de Schonau. 660.
— El orientalista Francisco Bopp.—756.
- García Barzanallana (José).**—La pairía hereditaria y la vitalicia.—La Cámara de los lores en el Reino Unido.—38, 79 y 99.
- García (P. de Alcántara).**—Las Cajas escolares de ahorros.—84.
— Frœbel y los jardines de la infancia en España.—176.
- Goethe.**—Wilhelm Meister. Años de aprendizaje.—54, 93, 111, 146, 185, 221, 250, 281, 311, 342, 377, 396, 441, 472, 505, 700, 732, 763, 793 y 806.
- Gueroult (J.).**—San Simon y el sansimonismo.—225 y 257.
- Javal (Dr.).**—Causas que hacen penosa la lectura.—769.
- Joly (N.).**—Antigüedad del Nuevo Mundo.—El hombre prehistórico americano.—65.
- Labra (Rafael M. de).**—La república de los Estados-Unidos de América.—770.
- Langle (Plácido).**—A la patria, poesía.—319.
- Lasso de la Vega (Angel).**—Un viaje á la eternidad, drama lírico-fantástico.—307, 338 y 373.

Liske (J.)—Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos xv, xvi y xvii.—425, 458, 491, 527, 554, 600, 619, 655, 680 y 713.

Luceño y Becerra (Alvaro).—La calle de la Amargura.—572.

Luna (Rafael).—Villoria, comunero salmantino.—247.

Lustonó (Eduardo).—La calle de las Dos Hermanas, tradicion madrileña.—240.

Maeda (Masana).—Ceremonias de los funerales en el Japon.—97.

Marin Baldo (J.).—El dia de Todos los Santos, poesia.—564.

Molero (B.) y Cebrian (F.).—Divisibilidad práctica de la luz eléctrica.—353.

Morales (A. M.).—El ñañigo.—143.

Moreno Torrado (Luis).—El olmo y la hiedra, poesia.—62.

— A Hernan Cortés, soneto.—127.

Palacio Valdés (Armando).—Poetas contemporáneos.

— D. Adelardo Lopez de Ayala.—117.

— D. Ventura Ruiz Aguilera.—270.

— D. Gaspar Nuñez de Arce.—434.

— D. Manuel de la Revilla.—633.

Parville (Enrique de).—La influencia de la luna.—50.

Passy (Frederick).—Noticias sobre M. Frederick Seebhom.—136.

Quesnel (L.).—Amnam y los amnamitas.—545.

Revue Scientifique.—Geología de las islas Baleares.—513.

R. M.—La poesia en Dinamarca y Noruega.—805.

Ribot (T.).—La psicologia fisiológica.—129 y 161.

Richet (Cárlos).—El somnambulismo provocado.—1 y 43.

Rios y Rios (A.).—Exactitud histórica y geográfica del poema del Cid.—589 y 625.

Romanes (F. G.).—La inteligencia de los animales.—14 y 33.

Rosenthal (M.).—Los nervios y los músculos.—Los fenómenos eléctricos.—609.

Sanz y Escartin (E.).—Ensayo crítico sobre el imperio de Carlo Magno.—136 y 196.

Sardá (J.).—Bibliografía.—El archivo municipal de Vich.—543.

Seebhom (Frederick).—De la reforma del Derecho de gentes.—169, 203, 231, 262 y 294.

Sologuren (M.).—Crónica de la semana.—60 y 124.

Tolosa y Latour (Manuel).—Ultimos trabajos experimentales sobre el somnambulismo provocado.—164.

—Bases científicas para la educacion física, intelectual y sentimental de los niños.—641, 673, 705, 737 y 778.

Zeiller (R.).—La última erupcion del Etna.—321.

Miscelánea.—El telectróscopo.—63.

— La flor mayor del mundo.—63.

— Tránsito singular.—128.

— Oro artificial.—128.

— Leyes de divorcio en los tiempos antiguos y en los modernos.—159.

— La vida media y la normal.—351.

— El cromógrafo.—351.

— Enfermedades del sistema nervioso.—606.

— Exposicion hispano-colonial.—671.

— Censo de Madrid en fin del año 1877.—671.

— Institucion libre de enseñanza.—702.

— Teatros, en todos los números.

EL SOMNAMBULISMO PROVOCADO.

Es preciso armarse de cierto valor, para pronunciar en voz alta la palabra somnambulismo (1). La estúpida creencia del vulgo y el descaro de algunos charlatanes han desprestigiado la palabra y la cuestión en sí, de tal modo, que entre los sábios habrá muy pocos que no vean sin cierto desden un trabajo sobre este particular. Sin embargo, voy (después de haberme formado lentamente una profunda convicción, apoyada, según mi parecer, en pruebas sólidas) á referir mis experimentos y exponerlos ante la consideración de médicos y fisiólogos; mi tarea será en extremo difícil, toda vez que son escasos los documentos verdaderamente científicos y muy complejos los fenómenos que voy á estudiar; de suerte que merece juzgarse con indulgencia. En la primera parte, trataré de hacer la historia de los fenómenos psíquicos y somáticos que se observan en el somnambulismo provocado. En segundo lugar, examinaré la hipótesis de la simulación; y por último, para terminar, trataré de exponer las relaciones que existen entre esta neuropatía y las demás manifestaciones de la actividad cerebral, ora normales, ora patológicas, ó bien provocadas por intoxicaciones diversas cuya acción se dirija sobre el sistema nervioso central. En cuanto á la importante cuestión de la producción del sueño

(1) Los diferentes nombres que se han dado á esta neuropatía, no han dejado de contribuir á oscurecer una cuestión ya de por sí tan oscura. Al principio se le ha llamado *magnetismo animal*: pero no existe la menor relación entre el magnetismo verdadero tal y como lo comprenden los físicos y la neurosis cerebral provocada por los pases. Frank la llamaba *somniatio*, y más tarde se le designó con la palabra *hipnotismo*. Pero estas dos palabras significan pura y exclusivamente sueño. Las frases *mesmerismo* y *braidismo* son peores aún, primero, porque indican el acto de provocar la neurosis, no la neurosis en sí, después porque Mesmer en realidad no obtuvo nunca el verdadero somnambulismo, y Braid no hizo más que repetir experimentos ya antiguos. La palabra *somnambulismo provocado* vale más que la de *somnambulismo artificial*, porque cualquiera que sea su origen es un fenómeno natural. Sin embargo, el término somnambulismo no está al abrigo de toda crítica, pues se aplica á dos estados diferentes aunque análogos. Vale más, empero, servirse de una expresión un tanto insuficiente que apelar á neologismos las más veces innecesarios.

magnético, es una cuestión que hubiera deseado vivamente aclarar; desgraciadamente, todos mis esfuerzos han sido infructuosos: y la única conclusión que puedo deducir de mis experimentos, es que el somnambulismo, idéntico en sus efectos y manifestaciones, puede provocarse por diferentes actos, siendo los más eficaces el hipnotismo y los pases magnéticos. De suerte que al propio tiempo que reconozco la importancia capital del asunto, me veo precisado, muy á mi pesar, á dejarla á un lado abandonándola á experimentadores más felices.

I.

EXPOSICION DE LOS FENÓMENOS.

Si se desea obtener el sueño magnético será ventajoso que se sigan los preceptos indicados por los magnetizadores de oficio. Son medios puramente empíricos, cuyo valor es, sin duda alguna escaso, pero que á falta de otros mejores, son aun necesarios. El silencio y una semi-oscuridad, sin ser indispensables, son condiciones muy favorables. Es preciso que el individuo esté convenientemente sentado en un sillón de respaldo ó sobre un canapé. Se coloca uno frente á él, se le cogen fuertemente los dedos pulgares, permaneciendo en esta posición dos ó tres minutos; en seguida se comienzan los pases, llevando las manos abiertas por la frente, los hombros y los brazos; esta maniobra no debe durar más que un cuarto de hora; si al cabo de este tiempo no se ha conseguido nada, hay que dejarlo por completo y esperar uno de los siguientes días para empezar; la experiencia ha demostrado que no habrá que desmayar por una falta de éxito aparente; en efecto, sucede con frecuencia que no se obtienen resultados sino á la segunda, tercera y aun cuarta sesión.

De todos modos, el primer fenómeno observado es una especie de entorpecimiento. La fisonomía pierde su movilidad y se hace indiferente y sin expresión. El paciente experimenta en sus miembros una pesadez y un adormecimiento especial que le impiden efectuar movimiento alguno. Sin embargo, siente sensaciones vagas de calor, de frío ó de hormigueo; y aunque sus manos permanezcan

inmóviles, tiene sobresaltos y contracciones fibrilares de los músculos. Después sus párpados se hacen pesados y se cierran; en vano varias veces los abre para dejarlos caer acto continuo. Llega un momento en que es impotente para moverlos, observándose entonces un curioso espectáculo: para abrir los ojos, el paciente trata de contraer el elevador del párpado; pero como este músculo es el que se ha paralizado primero, el párpado permanece cerrado; entonces trata de levantar el velo palpebral mediante la acción de los músculos congéneres, del músculo superciliar y sobre todo del frontal; con frecuencia hasta dirige su cabeza hacia atrás para resistir el sueño de que se siente invadido; en una palabra, se establece una verdadera lucha, igual en un todo á la que con demasiada frecuencia se ve uno obligado á efectuar cuando sobreviene el sueño durante el trabajo, hasta que finalmente, después de algunos minutos de resistencia el paciente se ve obligado á ceder. La cabeza cae inmóvil sobre el respaldo de la butaca ó la almohada. Los brazos y las manos están sin movimientos, conservando la actitud que tenían anteriormente. La fisonomía es una máscara que no expresa ninguna sensación interna. Los párpados se hallan cerrados y si se les quiere abrir por fuerza, lo cual no conviene hacer sino muy rara vez, se ven los ojos en convulsión hacia dentro, y en algunas ocasiones agitados por movimientos oscilatorios. La respiración es tranquila y poco frecuente. El pulso lento, lleno y muy regular. El individuo está dormido.

Es preciso que no se crea que cualquier persona indiferentemente, es susceptible de presentar estos fenómenos. Las mujeres son mucho más fáciles de dormir que los hombres. Sin embargo, he podido provocar el somnambulismo en dos amigos míos, y he conseguido sumirles en un sueño profundo que me ha permitido estudiar cuidadosamente la mayoría de los fenómenos psicológicos del magnetismo; pero si se compara esto con todas las tentativas que he hecho en personas del mismo sexo, hallaremos que esta cifra de dos es muy pequeña. Por el contrario en las mujeres, lo he conseguido casi siempre, con tal que consintieran en intentar la prueba cuatro ó cinco veces. Por regla general, el primer experimento da buenos resultados en ciertos individuos predispuestos. En efecto, he creído notar que las mujeres de pelo negro con un sistema filosófico muy desarrollado, de más de 25 años y menos de 40, y padeciendo afecciones

uterinas crónicas (?), eran más susceptibles que las demás: de suerte que me ha sido bastante fácil juzgar, de un golpe de vista, si un primer experimento daba buen resultado. No obstante, no se pueden establecer reglas acerca del particular y mucho menos deducir consideraciones fisiológicas.

Aun cuando no se obtenga este sueño magnético, no deja de haber algunos fenómenos interesantes que estudiar. Primero hay cefalalgia, ó mejor dicho, una especie de aturdimiento que los pacientes comparan con frecuencia al primer grado de la embriaguez. Enseguida hay cierta pesadez; de suerte que los individuos á quienes se quiere dormir tienen horror al movimiento, y prefieren dejar sus miembros inertes, cualquiera que sea su posición, mejor que hacer un penoso esfuerzo para cambiarles de lugar. En algunas ocasiones hay vértigo y un sentimiento de náuseas. En algunos casos, felizmente muy raros (yo no lo he visto más que una vez), las maniobras magnéticas provocan un ataque de histerismo. Anotaré también un fenómeno curioso que se me ha presentado varias veces, entre ellas una en mi amigo R., cuando aún no había conseguido dormirle del todo. Estaba perfectamente despierto, pero no podía ya abrir los ojos. A pesar de los esfuerzos verdaderamente desesperados que hacía para abrirlos, sus párpados permanecían obstinadamente cerrados. En otros casos mucho más frecuentes, la conmoción del sistema nervioso produce varios accidentes sin gran importancia, sacudidas convulsivas y ligeras en los músculos del brazo, un temblor fibrilar de los músculos de la cara, con alternativas de rubor y palidez, sorprendente por su rapidez, ó bien un temblor generalizado y cierta impotencia en los movimientos musculares, análoga á la que se experimenta á consecuencia de una violenta emoción, como la cólera ó el espanto.

Examinemos ahora lo que sucede en los individuos dormidos. Pero digamos ante todo que los fenómenos somáticos son nulos ó inconstantes, mientras que los fenómenos psíquicos tienen un gran interés. De este modo he podido comprobar en algunos casos que la respiración y la circulación no están modificadas en lo más mínimo, observándose tan solo que se han hecho muy regulares como en los individuos cloroformizados, con tal que el cloroformo se haya administrado convenientemente. La analgesia no es rara, pero en algunos casos hay hiperestesia; pero no olvide-

mos que en muchas mujeres hay, en el estado normal, cierto grado de analgesia. En una mujer histérica, á quien dormí varias veces en el hospital Beanjou (en la clínica de mi sábio maestro el catedrático Dr. Lefort), he tenido ocasion de observar un fenómeno bastante notable. Se trataba de una enfermedad uterina grave, probablemente un hematocele, y hacia ya seis meses que la enferma no se levantaba de la cama. En cuanto estaba dormida, podia levantarse, andar, barrer la sala y subir por las escaleras con una asombrosa agilidad. Pero en cuanto se despertaba, era imposible conseguir que se levantara para hacerle la cama. Sé perfectamente que con frecuencia se han notado semejantes rarezas en las enfermedades de las histéricas; pero dudo que haya muchas tan claramente caracterizadas. Otro hecho importante es que, casi siempre, ciertas sensibilidades especiales han desaparecido, de suerte que se puede hacer cosquillas impunemente en el conducto auditivo ó en las fosas nasales con barbas de pluma, sobre lo cual han llamado la atencion los Sres. Demarquay y Giraud-Teulon. En cuanto á la catalepsia verdadera debe ser muy rara, y por mi parte nunca la he obtenido completamente, tal como se describe en los libros clásicos. Sin embargo, se obtienen resultados bastante parecidos á la catalepsia. Se puede hacer que los individuos dormidos tengan durante mucho tiempo la mano ó el brazo en posiciones violentas, y más adelante me ocuparé de la influencia especial de la voluntad y de la imaginacion.

En cuanto á los fenómenos psíquicos, son de un órden completamente diferente, y no menor cuidado y método exigen para ser apreciados con exactitud. Ante todo diré, que *nunca* he comprobado la pretendida *lucidez*. He hecho (lo confieso con rubor) esas preguntas vulgares, á las que, segun los charlatanes, dan los somnámbulos respuestas tan claras, como son: la hora que es, el número y nombres de las personas presentes, los objetos que se tienen en la mano, etc. etc., y jamás he alcanzado la menor respuesta satisfactoria; todo lo que he visto se limita á fenómenos intelectuales, complejos, que no por no ser sobrenaturales dejan de ofrecer un gran interés al fisiólogo como al psicólogo.

En primer lugar, la persona á quien se ha dormido tiene conciencia de su estado, y está uno seguro de que se halla dormida real y efectivamente, si responde afirmativamente cuando se la pregunta sobre el particular.

Tengo la precaucion casi siempre de preguntarla qué sensaciones experimenta, y la mayor parte de las veces he tenido ocasion de observar que este sueño es un estado bastante agradable. No habiéndolo yo experimentado, no puedo hablar con conocimiento de causa; pero teniendo en cuenta las respuestas que me han dado, creo que debe producir un efecto análogo al del hachich ó al del opio. Los individuos que sufren la influencia de estas sustancias tóxicas, tienen una especie de anestesia general; no sienten su cuerpo. Parece como que su espíritu se ha borrado casi por completo, y que las impresiones sordas y confusas que en el estado de vigilia transmiten nuestros órganos al *sensorio comun* han desaparecido por completo. Tal es, por lo ménos, la idea que se formaba de ese estado una persona muy inteligente, mis. C... á quien tuve ocasion de dormir. Expresaba todo esto por una sola palabra: libertad, y se daba cuenta cumplida de lo que experimentaba. Varios enfermos á quienes he dormido en el hospital Beaujon, me aseguraban que sus dolores habian desaparecido, y que eran completamente felices. De manera que deseaban permanecer mucho tiempo en tal sueño, toda vez que sabian que el despertar á la vida ordinaria equivalia á despertar al dolor.

Todo el mundo sabe lo que es el sueño. Cuando cansado por los trabajos del dia sentimos que el sueño nos invade, nuestros pensamientos se hacen confusos y flotantes, la atencion no puede fijarse en un objeto determinado, perdemos poco á poco la conciencia del mundo exterior, y formas raras cuya realidad está en nuestra concepcion solamente, se nos imponen, y pasan y vuelven á pasar con maravillosa facilidad, cambiando en cada segundo y asombrándonos con su aparato movable y fantástico. Son figuras humanas con cabezas de animales extraños, mónstruos, jardines, palacios, personajes que há tiempo desaparecieron y ya creíamos arrebatados por completo á nuestro recuerdo. Todo esto se agita, se mueve ante nosotros y el espíritu asiste como impotente espectador á los cuadros que él mismo ha formado completamente. Esta facultad de ver los objetos que no existen y de asistir á escenas que no se llevan á cabo, se llama *imaginacion*. A nadie se le ocurrirá negar su existencia ó su poder; todos la reconocen y comprenden; pues bien, puédense explicar la mayoría de los fenómenos psíquicos del somnambulismo diciendo: que es esta misma facultad violentamente so-

brescitada que domina completamente la inteligencia y anonada la razón.

Tomemos un ejemplo: supongo que pienso en un león; veo perfectamente que el león no existe; comprendo que estoy en mi casa; distinguo los objetos que me rodean, y este león no podrá preocuparme, cualesquiera que sean los esfuerzos de mi imaginación. Sin embargo, podría, estando dormido, soñar que un león había entrado en mi cuarto, y por muy absurda que sea esta idea, el aspecto del león será bastante poderoso para desvanecer las sugestiones de la razón, inspirarme un intenso terror.

En los somnambulismos sucede lo propio: cuando mi amigo R... estaba dormido, le decía yo: *mira ese león*, y al escucharme se agitaba, su rostro expresaba miedo, y exclamando: *pero que viene, viene, se acerca; vámonos pronto, pronto*, tenía casi una crisis nerviosa provocada por el espanto.

Si he puesto este ejemplo, es por su sencillez y por demostrar las interesantes relaciones que pueden establecerse entre el sueño natural y el magnético; por mi parte he logrado, mediante variados experimentos, obtener resultados al parecer más complicados, pero que pueden, sin embargo, en último término, referirse al mismo hecho elemental.

Sueño provocado.—Citaré algunos ejemplos. Todo el mundo sabe que los *magnetizadores* tienen la pretensión de hacer viajar los individuos á través del espacio, haciéndoles también asistir á lejanas escenas. El hecho es perfectamente exacto; solo estriba el error en creer que estos sueños son realidades, y que estas visiones están en relación con la existencia de las cosas exteriores. Así que, decía yo á esa enferma de Beaujon anteriormente citada: «venga Vd. conmigo; vamos á salir y á viajar;» y entonces ella describía sucesivamente los sitios por donde pasaba; los corredores del hospital, las calles que atravesaba para llegar hasta la estación; y como quiera que conocía todos estos sitios, indicaba con bastante exactitud los detalles de los lugares que su imaginación y su memoria, igualmente sobreescitadas, le representaban bajo una forma real. Después, de un modo brusco, se la podía transportar á un sitio lejano que no conocía, por ejemplo, el lago de Como, ó las heladas regiones del Norte. Y entonces su imaginación, abandonada á sí misma, se lanzaba á concepciones no exentas de encanto, y que interesaban siempre por su aparente precisión: con frecuencia estábamos sorprendi-

dos por la viveza con que recibía estas impresiones interiores.

Fácilmente se podía también cambiar el curso de estos sueños artificiales y llevarla á regiones que conocía; por ejemplo, entre su familia y entre los suyos, veía su madre y sus hermanos que llevaban á cabo sus habituales ocupaciones; entraban y salían, y ella asistía á sus conversaciones, les veía coser, leer, etc. Pero lo que prueba (por lo demás innecesariamente) la pura *subjetividad* de estos fenómenos, es que yo podía introducir en su cuarto, á mi antojo, éste ó el otro personaje, haciendo que se movieran conforme á mi capricho las personas que veía. En todos los hipnotizados llegué á un resultado idéntico. Mi amigo F... estaba separado de su madre hacia algún tiempo; cuando se durmió le propuse que la viera; él aceptó en seguida: *la veo, la veo*, exclamaba; *está trabajando, piensa en mí*, y se puso á verter lágrimas de alegría: de pronto, su alegría trocóse en tristeza. ¡*Ay de mí*, murmuró, *no puede verme!* y se agitaba desesperado.

Pueden sustituirse estos conceptos, más ó menos razonables, por viajes verdaderamente fantásticos; lo he ensayado frecuentemente, y siempre con extrañeza he comprobado la viveza de impresiones de los individuos dormidos. Así que decía á mi amigo F... «Ven conmigo; vamos á hacer un viaje en globo; subimos, vamos subiendo, ya estamos en la luna;» y veía todo lo que le iba yo diciendo. En ocasiones, cuando se le pregunta á un enajenado abundando en su manía, está uno sorprendido al ver la confianza que le inspiran las barbaridades que se le dicen. Experimenté una sorpresa semejante al preguntarme F... «¿Qué es esa gruesa bola que está delante de nosotros?» decía. Era la tierra que se representaba en su imaginación (quizá su memoria le recordaba el viaje de Julio Verne). Veía animales fantásticos, y al decirle que quería traerles á la tierra, exclamaba: «¡Siempre serás el mismo; no sabes siquiera cómo bajaremos, y quieres ya cargar con estos enormes animales.» Todo esto lo decía muy seriamente y se enfadaba. «Llévatelos si quieres, repétia; por mi parte no quiero estorbos.» Sin embargo, se daba cuenta de lo extraño de estas visiones. «¡Qué bonita relación podíamos hacer del viaje, añadió; pero desgraciadamente no nos creerán.» Lo que le impedía dudar, era que real y positivamente veía: lo mismo que un alucinado, que no puede dudar de los objetos que tiene ante sí. Por absurda que sea

esta vision, está allí, y todos los esfuerzos de la razon no bastan á destruir esta imágen *intra-cerebral*.

Llegamos ahora á otro órden de fenómenos más claramente indicados que en el sueño ordinario. Todos saben que en el sueño se experimentan sensaciones que se refieren á las acciones que pueden llevarse á cabo: por ejemplo, se tiene frio si se cree uno en invierno; se siente calor si se imagina uno que está en verano, y así de lo demás con respecto á todas las sensaciones. Muchas veces he visto lo propio en individuos á quienes habia dormido. En una de las enfermas de Beaujon, obtuve con la mayor facilidad estos fenómenos. Así una vez la dije que fumara; algunos momentos despues olvidé este mandato; y habiéndose puesto á toser fuertemente, la pregunté la causa, asegurando ella que era el humo del tabaco. Algunas veces suponía que habia llegado al vértice de una torre, y se sentía *cansada* de subir; en seguida la decia que se tirara desde allí, y se imaginaba que caía. Tenia entonces los miembros doloridos y declaraba que experimentaba vivos sufrimientos. ¿Quién de nosotros no ha tenido en sueños análogos fenómenos? A otra enferma, tambien dormida, la anuncié que la arrancaba una muela, y en seguida la pobre mujer lanzó gritos de dolor como si hubiera realmente llevado á cabo esta operacion. Cuando dormí á Miss C., á instancias suyas, la hice viajar en un steamer con rumbo á Nueva-York. La vista del steamer la inspiró un vivo entusiasmo: «¿Oye Vd. cómo silba?» decia; pero muy en breve palideció, y echando la cabeza hácia atrás, tuvo verdaderas náuseas como si real y efectivamente hubiera experimentado el mareo. Podria referir un gran número de hechos semejantes; pero basta indicar algunos para apreciar bien el fenómeno.

No causará sorpresa de ninguna especie si junto á las alucinaciones de la vista se pueden provocar las de otros sentidos, del gusto, del oido y del olfato. Ciertos individuos creen oír conversaciones: una jóven á quien dormí hace poco, sostenia largas discusiones con las personas que creia ver. Respondia en voz alta; y durante la pregunta supuesta escuchaba atentamente moviendo los labios. Se puede hacer que oigan campanas, armoniosas músicas, etc., que tomen opíparas comidas, darles agua clara indicándoles que es chocolate hirviendo, aguardiente ó cualquier otra sustancia. Aun no poniendo nada en el vaso, no por eso dejará de haber ilusion. Debo recono-

cer que en ciertos casos, por lo demás bastante raros, no he conseguido nada de esto; pero con frecuencia lo he notado en Miss C..., en uno de mis amigos, y en varios enfermos de Beaujon; de suerte, que el hecho me parece completamente cierto. Por lo demás, es muy explicable, y no comprendo por qué el Sr. Dechambre lo ha negado y puesto en ridículo: quizás podia haber recordado que en ocasiones se sueña con comidas magníficas, que las alucinaciones del olfato son muy frecuentes, y que en la enajenacion mental es una de las formas más comunes de las ilusiones sensoriales. Con frecuencia me ha ocurrido hacer brevajes inofensivos, pero de un sabor desagradabilísimo, que contenian tinta, aceite, café y vino, y darlos despues como licores deliciosos. Los enfermos dormidos se los disputaban con encarnizamiento, siendo esto realmente un espectáculo curioso.

Quizás he insistido demasiado acerca de estos hechos; pero son á mi entender de una gran importancia. En efecto; si no se comprende bien lo que les relaciona con el sueño ordinario, se llegará fácilmente ó á considerarles como sobrenaturales ó á declararles imposibles. Ahora bien; por una parte son constantes, no he visto nunca que faltasen; y por otra son perfectamente explicables y se relacionan muy bien con lo que ya sabemos acerca del sueño normal. Es evidente que no hay en ello más que un estado particular de la imaginacion, una *neurosis*; y si no se estudian los síntomas no se puede responder á los hechos reales invocados por los magnetizadores en apoyo de sus lucubraciones interesadas. Por el contrario, al estudiar los hechos se ve su sencillez, y se puede comprender de qué modo al interpretar ciertas aparentes rarezas, diestros charlatanes han podido, durante mucho tiempo, engañar al público y hasta á un cierto número de sábios.

Hasta el presente no hemos visto más que uno de los fenómenos intelectuales: ahora fuerza será considerar la inteligencia en su conjunto: ya no es admisible que los trastornos de la razon arrastran necesariamente el aniquilamiento de las facultades intelectuales, y se puede decir que ciertos enajenados monomaniacos y hasta maniacos, tienen una brillante inteligencia. En los somnambulicos, la razon está seguramente pervertida; pero su inteligencia se halla vivamente sobrescitada. Las conversaciones que se tienen con un individuo dormido, son variadas é interesantes. El lenguaje de las mujeres del pueblo se hace

casi elegante; son ingeniosas las frases y no carecen de elevación las ideas. Sin pretender ni mucho menos que adivinen el pensamiento de los interlocutores, he notado que habían adquirido cierta finura que les permitía comprender con media palabra. Pero lo más chocante, es la extraña viveza de sus sensaciones. Así, nada más fácil que hacerles llorar; basta hablarles de una cosa triste para ellos, como por ejemplo, de su enfermedad ó de la muerte de algún pariente; entonces, empiezan á gemir, después á verter abundantes lágrimas, enseguida á sollozar, y no es raro ver que sobreviene una excitación nerviosa que conviene calmar lo más pronto posible presentándoles cuadros más agradables. Tienen también una sensibilidad desarrollada hasta el extremo de que se enternecen de las desgracias de los demás, y por lo general experimentan una gran compasión. No puedo comparar mejor este estado afectivo más que con el que se experimenta en el primer grado de embriaguez alcohólica. Los sentimientos de alegría y admiración se elevan á veces hasta el exceso. La poesía, la música, sobre todo, producen un verdadero éxtasis y no es posible olvidar este espectáculo, cuando se ha presenciado una vez tan solo, la maravillosa mímica que despliegan; en ocasiones me ocurría que les rogaba que cantaran y se entusiasmaban al oír su propio canto; por regla general, cantaban con mucha afinación y sobre todo con mucha expresión. La mayor parte del tiempo se manifestaban en ellas, cóleras infantiles, antipatías inexplicables ó simpatías más raras todavía: á veces se burlaban, y sus burlas no carecían de ingenio; se reían mucho de las bromas que hacían, y sus risas, lo mismo que sus lágrimas, terminaban por una extraña sobrecitación.

El hecho acaso más singular y al mismo tiempo uno de los observados más constantemente, es el automatismo de los individuos dormidos. A pesar de la sobrecitación de su parte intelectual y la viveza de sus sentimientos afectivos, se hallan sometidos á la voluntad de las personas que les rodean, se les puede obligar que se levanten, canten, permanezcan de pié, saquen la lengua y unan las manos, etc. Mi amigo R..., cuando se hallaba dormido, hacía todo lo que le mandaba. Durante quince veces consecutivas le obligué á tomar un pedazo de yeso, tirarlo al suelo y volverlo á coger sin que pensara ni un momento en resistir: era un autómatas, y parecía como que no podía oponerse á las órdenes

que yo le daba. Algunas veces se observan fenómenos que se parecen mucho á los que se presentan en los somnambulismos naturales. La persona dormida, quiere levantarse, vestirse y salir: reflexiona antes de coger cualquier cosa indispensable para su tocado, y después de haber pensado bien en ella, va con los ojos cerrados á cogerla, casi sin tanteos, al sitio que debe ocupar; la meditación del acto es lenta, pero el acto se lleva á cabo con una viveza extraordinaria. Si una cerradura, un cordón ó cualquier otro obstáculo, ofrecen alguna resistencia, se impacienta, se irrita y tira coléricamente todo lo que se opone á su intención. Los movimientos son febriles y á sacudidas, pero de una precisión admirable. A veces se detiene como cansada por el esfuerzo que acaba de hacer, y esta agitación nerviosa, caracterizada frecuentemente por un temblor general, es tan notable, que más de una vez ha espantado á los testigos de esta escena. Se habla á sí misma, se inquieta por lo que pensarán cuando vuelva, supone que llegará tarde, y sin embargo, prosigue la serie de actos comenzados.

En verdad que no sé cuál sea la significación exacta de esta influencia preponderante de una voluntad extraña: me he limitado, pues, á consignar el hecho. Sin embargo, se puede arriesgar una hipótesis: se dispone de un modo absoluto de la imaginación de los individuos dormidos, y es muy posible que no se actúe sobre la voluntad sino porque se obra sobre la imaginación. Al declarar á los individuos dormidos que se les puede dar órdenes, ¿no es probable que su imaginación agrande el hecho y acabe por hacer real lo que no era más que una atrevida afirmación? En otro orden de personas, el automatismo es la verdadera explicación de estos fenómenos; hacen lo que uno quiere, porque son incapaces de querer; todos saben por experiencia que nos sucede frecuentemente el estar distraídos y hacer mecánicamente, sin reflexión ninguna, sin participación de la conciencia ó del libre albedrío, lo que nos han rogado que hiciéramos. Quizás haya aquí algo parecido. Permitido será presentar la hipótesis ante un hecho tan raro como la sumisión de los magnetizados á la voluntad de las personas que les han dormido ó les rodean.

Al afirmar que la voluntad está completamente subordinada á la imaginación, hay que hacer algunas reservas. Del mismo modo que para el sueño clorofórmico y para la embriaguez, todos los individuos no se conducen de

igual modo bajo la influencia del sueño magnético. La *receptividad* para emplear la fraseología moderna es diferente, y no he hallado dos sujetos que fuesen completamente iguales. Lo interesante es que en la misma persona este sueño clorofórmico es siempre idéntico á sí mismo; solo que cuanto con más frecuencia haya sido dormida esta persona, más claros son los fenómenos y más profundo es el sueño. Entonces es cuando pueden hacerse estudios psicológicos fructuosos, pues las más de las veces los primeros resultados son confusos y se hallan perturbados por desesperantes divagaciones.

Cuando empecé mis experimentos temia prolongar la duración de la neurosis magnética, y despertaba á los individuos á los diez minutos ó un cuarto de hora todo lo más; pero al ver que no se presentaban trastornos de ninguna especie, animado por la inocuidad absoluta, prolongué poco á poco el tiempo del sueño, de modo que me ha sucedido con frecuencia el dejar á los enfermos dormidos desde las cinco de la tarde hasta una hora avanzada de la noche. Parecía que no sufrían, y se despertaban espontáneamente hácia las cuatro, cinco ó seis de la mañana; una vez he visto durar un sueño diez y seis horas: el despertar, á veces espontáneo, debe las más de las veces ser provocado por maniobras tan empíricas é incomprensibles como las que produjeron el sueño. Se hacen frotaciones en la frente dirigiendo las manos de dentro hácia fuera, siendo necesario repetirlo varias veces; al propio tiempo se abren suavemente los párpados. No hay que perder la sangre fría, como me ha sucedido en un principio al experimentar cierta resistencia; por el contrario, conviene perseverar con calma y paciencia, sin asustarse por la sobreexcitación nerviosa y las ligeras sacudidas que se pueden observar en ciertos casos muy raros.

El momento en que despiertan es muy curioso, sobre todo en los enfermos que están levantados ó vestidos: se hallan en una profunda sorpresa, tocan su traje, miran las personas que les rodean y no creen lo que se les cuenta. En efecto, no han conservado ningún recuerdo de lo que ha pasado durante el sueño; y como bajo el punto de vista psicológico el tiempo no se mide más que por el recuerdo de las ideas, de aquí que hayan perdido por completo la noción del tiempo. Para ellos, el momento en que se durmieron se confunde con aquel en que se despiertan. Miss C... nos decía que su último recuerdo era el de un

vaso de flores que habia visto sobre la chimenea: «de repente cesé de ver, decía, y mi mareo no ha durado más que un segundo.» Realmente habia tenido hora y media de duración. Esta pérdida de la memoria es perfectamente característica; no la he visto faltar ni una sola vez; pero, y el hecho es muy extraño, lo que ha pasado durante el sueño no ha desaparecido completamente, toda vez que la reproducción de la neurosis hace surgir de nuevo el recuerdo: creo que debe explicarse el desdoblamiento de la persona, de que hablan tantos magnetizadores. Lo que constituye el *yo* es, por decirlo así, el conjunto de nuestros recuerdos, y cuando se han hallado algunos reservados á un estado físico especial, casi puede decirse teóricamente nada más que la persona es diferente, puesto que recuerda durante el sueño una serie de actos que ignora por completo en el estado de vigilia.

Una vez que se despierta, todos los fenómenos se disipan de un modo gradual: todo lo más que se observa es un poco de soñolencia y cierta pereza intelectual. Cuando el individuo ha sido despertado incompletamente, experimenta un poco de cefalalgia. En todo caso, nunca he notado nada grave, y cuando las personas han rehusado someterse á un nuevo experimento, ha sido siempre por causas ajenas á su salud y por motivos más ó menos razonables, entre los cuales ocupaba un lugar preferente el *temor de hablar*.

Creo, pues, poder afirmar que la *magnetización* no ofrece peligros; pero sin embargo, es imposible que la producción de una neurosis tan intensa no origine un trastorno notable en el funcionalismo cerebral y no tenga verdaderos inconvenientes. Si no los he observado, ha sido porque siempre he obrado con muchísima circunspección: por una parte, durante el sueño magnético hacia pocos experimentos propiamente dichos, como picaduras, efectos catalépticos, etc.; por otra, en cuanto veía que sobrevenía el menor trastorno nervioso, hacia que cesara inmediatamente el sueño. En cuanto á los efectos terapéuticos, les creo muy limitados: los cirujanos han rehusado un procedimiento anestésico de un empleo tan difícil é incontestable, y no hay que dar crédito á las maravillosas curaciones referidas en los periódicos que son órganos del magnetismo. Sin embargo, creo que en ciertos casos, practicado con moderación el magnetismo, puede tener una incontestable eficacia. En efecto, me ha parecido que en ciertos individuos histéricos ó neuróticos ha-

bia una remision notable en los síntomas despues del sueño artificial. Mujeres que no habian dormido hacia mucho tiempo, despues de una sesion de hipnotizacion han podido gozar de un sueño reparador, y esta mejoría persistia durante algunos dias. Me ha parecido que volvia el apetito, que la agitacion intelectual habia disminuido, y que eran ménos intensos los dolores erráticos. Sé demasiado cuán difícil es la observacion, para asegurar que no me he equivocado; pero creo que los resultados son suficientes para animar á los médicos á que hagan algunos ensayos sobre este asunto tan interesante y desgraciadamente tan poco conocido.

(Concluirá.)

CÁRLOS RICHEL.

LA REPÚBLICA

DE LOS

ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

IX.

El conflicto anglo-americano.—La guerra de espada (Continuacion).—La crisis y el reconocimiento de la independencia.

Señores: Los años críticos del período de verdadera guerra allende el Atlántico son el 78 y el 81. En aquel tienen efecto, como ya he dicho, varios gravísimos hechos que inclinan la balanza del lado de los Estados-Unidos. En el segundo, las cosas se ponen ya de tal suerte, que solo á milagro hubiera podido atribuirse la feliz salida de Inglaterra de su desesperado empeño. Así y todo, antes de llegar á la plena consagracion del éxito alcanzado por los americanos, pasaron dos largos años de paralización, reservas y tentativas en orden bien distinto al de la sumision de los rebeldes trasatlánticos.

De los hechos á que antes aludí, el más importante y trascendental fué sin duda el apoyo prestado, primero, directamente por Francia, y despues, de un modo indirecto, por España (ligada á aquella por el Pacto de familia) á la insurreccion americana. He indicado que en este apoyo habian pensado siempre los insurgentes (como se ha llamado siempre á todos los patriotas de entrambas Américas), al punto de que el viaje de su pri-

mer comisionado, Silas Deane, á Francia se hiciera cerca de tres meses antes la famosa fecha del 4 de Julio de 1776. Pero es preciso reconocer que entonces, y aun despues cuando á fines de aquel mismo año se agregaron á Silas Deane, el septuagenario Franklin y Arthur Lee, con un carácter más oficial y acentuado, los americanos resistian en cierto modo una ayuda por parte de la enemiga tradicional de Inglaterra en contra de la Madre Pátria. Sus pretensiones se limitaban al reconocimiento de la independencia y á obtener recursos metálicos y medios de guerra. Por bien distinto motivo, el Gobierno francés, bajo la inspiracion de Mr. de Vergennes (que siempre habia visto claro que la cuestion americana seria una cuestion fatal para la Gran Bretaña), propendia á limitar á esto mismo su auxilio. Pero las circunstancias y la lógica de las cosas sacaron el negocio de estos términos.

Los rigores desplegados por Inglaterra allende el Océano; los compromisos creados por la guerra de parte de los insurrectos en los dos años 77 y 78; los progresos realizados por aquella, dado que los ingleses en rigor no salian del litoral de Nueva Inglaterra, quedando de hecho el interior en poder de los americanos; la furia que se apoderó del Rey, del Gabinete y del Parlamento británicos; la torpeza y el mal tono del petulante embajador de Inglaterra en Versalles (lord Stormont); la gracia de Franklin y las inmensas simpatías que, por el contrario del inglés, éste despertó en todas las clases sociales de Francia; la intervencion de Lafayette y otras circunstancias aún de menor monta, llevaron como por la mano al Gobierno francés á firmar en 6 de Febrero de 1778 un doble tratado de comercio y de alianza defensiva con los Estados-Unidos,—ésta para en el caso de que el reconocimiento explícito de la independencia de los americanos por parte de Francia produjera una guerra con la Gran Bretaña. En todo caso, esta alianza debia tener por objeto: «mantener la libertad, soberanía é independencia absoluta é ilimitada de los Estados-Unidos, así en materias de gobierno como de comercio.»

Para dar tan gravísimo paso, Francia habia esperado un hecho de armas tan importante como la victoria dicha de Saratoga, obtenida por el insurgente Gates sobre el general Burgoyne á mediados de Octubre de 1777; suceso que produjo honda sensacion, lo mismo en Francia que en Inglaterra. Aquella vió en tal acontecimiento la seguridad de que la re-

conciliación de la Madre Pátria y las colonias anglo-americanas era ya imposible, y le fué fácil echar sus cálculos y tomar una resolución sin el temor de quedar en descubierto y comprometida por una imaginable inteligencia de los actuales beligerantes. Inglaterra, á su vez, se detuvo un momento y entrevió el éxito desgraciado de su campaña.

El resultado inmediato de los tratados de Febrero fué el envío de una escuadra francesa de 12 navíos y seis fragatas, al mando del almirante Conde de Estaing, á las costas de la América septentrional, y además el préstamo de 3 millones de libras hecho por el Gobierno francés al harto necesitado Congreso norteamericano. Con la escuadra pasaron á América Silas Deane y Mr. Girard, éste en concepto de embajador de Francia, quedando en Europa los demás comisarios, junto con John Adams, para expedir patentes de corso, realizar las capturas hechas por este concepto, y cuidar, en fin, del aprovisionamiento militar de los rebeldes.

Como era natural, el Gabinete francés comunicó á los demás de Europa su resolución de reconocer y amparar la independencia americana; pero esto lo hizo respecto del Gobierno británico en términos cruelmente irónicos, que provocaron inmediatamente la retirada del embajador inglés de Versalles, y á poco la declaración de guerra por parte de la Gran Bretaña á su eterna enemiga.

La oportunidad de participar aquel acuerdo á Inglaterra no fué por cierto la más feliz. El país comenzaba á cansarse de la guerra: la opinión liberal, excitada por hechos tan graves como la suspensión del *Habeas Corpus* respecto de todo aquel á quien se considerase sospechoso de simpatizar con los insurgentes, ya hacia escuchar de vez en cuando sus protestas; el elocuentísimo Chatam abandonaba el lecho del dolor para proponer, á fines de Mayo de 1777, que se suspendiese la guerra, reconociendo por completo á los americanos el derecho de disponer de su dinero; Fox en la Cámara de los Comunes, de donde se habían retirado protestando por causa de los sucesos de América los wighs dirigidos por el Marqués Rockingham, daba la voz de alarma, gritando: «Nuestras libertades están en peligro;» y el mismo jefe del Gabinete, lord North, comenzaba á perder la calma y aun la confianza en el término de la empresa, murmurándose que aquel hombre político deseaba dejar el puesto. El suceso de Saratoga llevó al colmo la inquietud.

El 17 de Febrero de 1778 el Gobierno británico proponía á los Comunes dos bills dichos *conciliatorios*. El primero se titulaba «Acta destinada á separar todas las dudas y las aprehensiones en lo que concierne á la imposición de tributos á las colonias por el Parlamento de la Gran Bretaña.» Por él quedaban abolidos todos los impuestos, el del té inclusive, estableciendo para lo sucesivo que ni el Rey ni el Parlamento impondrían derecho ni tributo alguno sobre las colonias americanas, exceptuando los necesarios al régimen del comercio, y éstos á condición de que su importe habría de invertirse en los gastos de las colonias mismas que los satisficiesen.

El segundo bill tenía por objeto autorizar el nombramiento de comisarios encargados de tratar con los insurgentes y de hacerles todas las concesiones posibles, como revocar todos los bills posteriores á 1763 y renunciar á toda contribución, siempre que aquellos prescindiesen de la independencia. El 11 de Marzo entrambos bills eran promulgados, y á poco salían para América los comisarios lord Carlisle, William Eden y George Johnstone.

El mero hecho de ser presentados aquellos bills era un triunfo para la causa americana. Aquellos *regimientos* de que soberbiamente hablaban los petulantés empleados de Ultramar eran impotentes para reducir una insurrección que tenía de su parte el derecho y el entusiasmo de un pueblo. Ya el mismo lord North no esperaba á que América se «prosternase» para tratar con ella. En realidad Inglaterra vacilaba.

Le estaban reservados trances más amargos. El 11 de Marzo, como he dicho, obtenían la sanción régia los bills conciliatorios, y el 13 el embajador de Francia, Marqués de Noailles, por medio de una nota ponía en conocimiento del Gobierno británico el tratado de alianza y comercio franco-americano. «Es de esperar—decía—que S. M. británica, animada de los mismos sentimientos de paz y concordia, quiera evitar todo lo que pudiera alterar la buena armonía y que particularmente tomará medidas efectivas para que nada interrumpa el comercio entre los súbditos de S. M. y los Estados-Unidos de América.»

El Parlamento se estremeció é hizo una moción enérgica al Rey, ofreciéndose á mantener el honor de la corona. La guerra se preparó en la conciencia de todos; pero el 7 de Abril el Duque de Richmond se atrevió ya á proponer á la alta Cámara que suplicase al

Rey la retirada de sus tropas y de la escuadra de América y el reconocimiento de la independencia de las Colonias levantadas.

Yo, señores, tengo al gran Chattam por el orador político más insigne de los tiempos modernos, y me admiran lo indecible todos y cada uno de sus soberbios discursos; pero no hallo en ninguno de ellos el movimiento, la fiereza, la elocuencia, de que es acabadísima muestra la brillantísima oracion que pronunció con este motivo y cuyos últimos acentos se confundieron con los primeros hipos de la agonía. Para Chattam habia habido tres pensamientos: traer á la vida política inglesa la burguesia y el nuevo espíritu que habia de informar la gran Revolucion con que amanece la Edad contemporánea; mantener una grande y perfecta intimidad con las Colonias inglesas, sobre todo con las de América; perseverar en la oposicion á Francia hasta conseguir la ruina de esta formidable rival. He explicado de sobra antes de ahora el sentido de cada una de estas grandes ideas y ya creo haber demostrado como la rivalidad de Francia é Inglaterra en la conciencia de Pitt no se reducía á un miserable celo de prepotencia, á una indigna preocupacion del terruño. Francia era el viejo régimen: Inglaterra la Revolucion. ¡Y feliz el gran *comoner* que podia unir sentimientos tan profundos y nobles como el amor á la pátria y la pasion por la libertad y el progreso!

Pero—¡menguada suerte!—las cosas se habian dado de tal modo que el triunfo del gobierno personal de Jorge III parecia asegurado: la guerra de América era la pasion y hasta el compromiso de honor de Inglaterra, y al fin Francia venia á la arena sirviendo la causa de la justicia y aprovechándose de los descubiertos en que la torpeza de los *torys* habia dejado á la Gran Bretaña! ¡Qué terrible situacion la de Pitt! Todas las siniestras predicciones se cumplian: todos sus trabajos venian á tierra: todas sus esperanzas volaban.

Devorado por la gota, envuelto en franela, incapaz ya para sostenerse con su célebre muleta, y apoyado en su hijo Guillermo y en su yerno, lord Mahon, el gran Chattam aparece en Westminster. «¡Jamás, jamás—grita—consentiré en privar de su más bella herencia á un descendiente de la casa de Brunswick, á un heredero de la Princesa Sofia!... ¿Caeremos de rodillas ante la casa de Borbon? Cier- to, señores, que esta Nacion no es ya la que era. Un pueblo que hace diez y siete años era el terror del mundo ha descendido al punto de

decir hoy á su enemigo inveterado: «toma cuanto tenemos, pero danos la paz.» No. ¡Imposible! No ataco á nadie, no pido el sitio de nadie, no quiero asociarme á hombres que se obstinan en su error; pero ¡en nombre del cielo! es absolutamente preciso optar entre la paz y la guerra. Si la paz no puede conservarse sin perder el honor, ¿por qué no comenzar la guerra sin vacilaciones? Desconozco los recursos del reino, pero estoy seguro de que son bastantes para mantener nuestros justos derechos. Señores, cualquier partido vale más que la desesperacion. Hagamos al ménos un esfuerzo; y si es preciso caer, caigamos como hombres.»

A poco, Chattam caia desvanecido bajo un ataque de apoplegia. La sesion se suspendió. Todos los lores acudieron en torno del gran orador, que al fin, un mes despues exhalaba su postrer suspiro, sin haber recobrado sus facultades desde el famoso discurso del 7 de Abril.

En tanto los comisarios británicos llegaban á América, solicitaban al Congreso, y solo obtenian la respuesta de que no era posible discutir nada fuera del supuesto de la independencia. La mision resultaba, pues, inútil, y al cabo los comisionados desalentados regresaban á Inglaterra en el otoño de 1778.

En esta época ya la causa americana habia avanzado considerablemente en el interior de los Estados- Unidos. Parecia como que la cuestion del ejército y el problema de la constitucion política del país se resolvian favorablemente. A instancia de Washington, el Congreso concedió á los oficiales la mitad de la paga como retiro para despues de la terminacion de la guerra, y decretó que los alistamientos se hicieran en lo sucesivo por todo el tiempo de la lucha con la Gran Bretaña.

De otra parte, el 9 de Julio de 1778 se firmaba en Filadelfia por los representantes de las 13 colonias los famosos trece *Articulos de la Confederacion*, aprobados ya por la mayoría de las legislaturas de los Estados particulares. Definíase, pues, una Nacion. No trato ahora de examinar aquel documento, y mucho ménos de ponerlo en relacion con el anterior de 4 de Julio de 1776. A su tiempo he de decir lo oportuno de todos estos actos y manifestaciones del espíritu político norte-americano hasta llegar á la Constitucion del 89. Pero reconociendo ahora la diferencia de los artículos, conviene llamar la atencion sobre la necesidad que les dió origen y sobre el trabajo que costó reducir á las 13 colonias á que

prestasen su adhesión. Porque es evidente que sin esos artículos, que vienen á ser la primera Carta constitucional de los Estados-Unidos, hubiera sido absolutamente imposible dar un paso en el camino de la independencia y de la libertad de aquel país.

Así y todo, no se piense que una vez promulgados los *Artículos de la Confederación* fueron éstos cumplidos en todo su rigor y respetados siquiera de un modo perfecto por todos los Estados. No. El espíritu particularista hacia verdaderas diabluras; y á pesar de la ayuda de Francia, de las vacilaciones de Inglaterra y de todo cuanto favorecía la causa americana, ésta volvió á correr serios peligros bajo el punto de vista de la irritación de las tropas, del cansancio del país, de la confusión de las cosas políticas, de la situación precaria del Tesoro, etc. etc., resultado todo precisamente de la actitud de los Estados particulares. Así que bien puede decirse que en todo el año 79 y el 80 el verdadero enemigo de la independencia americana fué el particularismo.

Para que nada faltara en el período de las felicidades americanas, es decir en el año 78, temeroso el comandante general inglés de la escuadra y las fuerzas francesas que debían venir á América ya de un momento á otro, á mediados de Junio, evacuó á Filadelfia concentrándose sobre Nueva-York, y es natural que la recuperación de la ciudad y la reinstalación en ella del Congreso (que el 6 de Agosto recibió solemnemente allí al embajador de Francia, Mr. Gerard) produjera no escaso entusiasmo entre los patriotas y gran efecto en los mismos extraños. A poco, Washington, cuyo ejército no llegaba á la mitad del británico, ataca á éste en Monmouth y obtiene el único triunfo que en todo el año se registra, así de parte de los patriotas como de los europeos; y en los primeros días de Agosto las escuadras francesa é inglesa se encuentran, y bien que la victoria no se decidiese por ninguno de los combatientes, de hecho queda negado el dominio que en aquellos mares venía ejerciendo la Gran Bretaña.

Todo fué, pues, á maravilla. Pero en el año 79 y parte del 80 se mostraron las cosas muy de otro modo. «Muchas personas alejadas del lugar de la acción,—escribía en los últimos días de 1778 Washington,—y oyendo solo las noticias que más halagan sus deseos, creen que la *lucha ha terminado*, y que organizar el Gobierno y la marcha política es lo único que falta por hacer.» Los sucesos vinieron á pro-

bar el error de tal creencia. El año 79 los ingleses bajan á la Carolina, y por ende extienden su esfera de acción, dando base á los partidarios que la Gran Bretaña tenía en los Estados del Sur para intentar una resistencia y una organización hasta entonces imposible. Charleston cae en su poder en 1780, y el patriota Gates, el vencedor de Saratoga, es derrotado y tiene que huir. La escuadra francesa abandona las costas americanas, sustituyéndola con sus inconcebibles atrevimientos la escuadrilla patriota, que llegó á contar con barcos como el *Bonhome Richard*, montado por el legendario Paul Jones, que buscó á los ingleses en las aguas mismas de la Mancha.

El empeño de Washington en esta difícil época era evitar las batallas, sosteniéndose á toda costa en lugares como Westpoint, lo cual llegó á perjudicar un tanto su reputación. ¡Pero qué hacer con un ejército otra vez hambriento é indisciplinado! «A ménos que el Congreso—decía el ilustre general en 1780 á un miembro de éste—obre más resueltamente, y si los Estados no le revisten de los suficientes poderes para llevar á cabo los grandes objetos de la guerra, induciendo á unos y otros á proceder con más energía que hasta aquí, nuestra causa está perdida, pues ya no es posible continuar bajo el mismo pié que antes. Por no adoptar oportunamente ciertas medidas, ó por el retraso con que se llevan á efecto, incurrimos en gastos enormes sin obtener el más mínimo beneficio. Mientras un Estado cumplimenta una orden del Congreso, otro la olvida, un tercero la ejecuta á medias, y todos ellos difieren en la forma, en el método ó en la aplicación de los medios. Y mientras se proceda de este modo, sin aplicar un sistema constante, no podremos sacar la menor ventaja, ni de nuestros recursos ni de los esfuerzos que hagamos.—Esto, amigo mio, es hablar claramente á un miembro del Congreso; pero mi lenguaje, á la par que amistoso, es el de la verdad, y el resultado de maduras reflexiones y de una continua observación. Yo veo una cabeza que vacila y que no sabe dirigir como debiera; veo un ejército que se subdivide en trece partes; y en fin, veo que en vez de ser considerado el Congreso como el Poder supremo de los Estados Unidos, cada cual se juzga solo dependiente de su Estado respectivo. En una palabra; la autoridad del Congreso ya debilitándose de tal suerte que pronto dejará de inspirar el respeto que se le debe como al gran Cuerpo representante

de América, y temo las consecuencias que de ello puedan resultar.»

El mal, pues, estaba en la misma América, donde la depreciación del papel-moneda emitido desde Junio de 1775 á 1778 inclusive, había llegado al punto de que (lo dice Mr. Laboulaye) un fondista del Maryland, cuya cuenta subía á unos 3.600 duros, fuera pagado en metálico con 25 duros. Los Estados ni pagaban la deuda, ni entregaban sus impuestos al Congreso, ni acudían al sostenimiento del ejército, que durante las malas cosechas del 79 y 80, á las veces tuvo que apelar á las bayonetas para no morir de hambre. Reproduciase, pues, aunque en otro grado y solo en cierto modo, el espectáculo tristísimo de los dos primeros años de la guerra.

Fuera de América las cosas iban bien para los patriotas. Francia al cabo había roto las hostilidades con Inglaterra; y España, á partir de Junio de 1779, se había puesto del lado de aquella. La primera consecuencia fué el envío á América de una nueva escuadra mandada por el almirante Ternay, con 6.000 hombres de desembarco, á cuya cabeza iba Rochambeau, fuerza que arribó á Newport el 1.º de Julio de 1780. A poco vino un choque de Inglaterra con Holanda, á la cual no habían podido arrastrar ni Francia mostrándola los beneficios que pudiera reportarla la caída de su rival en los mares, ni la Gran Bretaña haciendo valer el texto de tratados diplomáticos que aseguraban la intimidad de las dos Potencias. Desgraciadamente para esta, sobreexcitada por el comercio de armas y otros efectos de guerra que los barcos holandeses hacían por los puertos de Francia, fueron atropellados á fines de 1780 varios buques de los Países-Bajos que navegaban en convoy por el Mediterráneo, y cuya *visita* quisieron verificar los marinos británicos. De aquí dos resultados de positiva gravedad.

En primer término, ágrías contestaciones entre los Gabinetes de Londres y Amsterdam, que empujaron á éste á cierta benevolencia y aun ciertos compromisos con los Estados- Unidos; lo cual, averiguado por Inglaterra, que logró hacer prisionero al americano Laurens y apoderarse de sus papeles cuando iba éste á Holanda á realizar un empréstito, produjo la declaración de guerra por parte del Gobierno de Jorge III. Después la inteligencia de Rusia, Suecia y Dinamarca, dicha la *Neutralidad armada* (á la cual se adhirió al fin Holanda, Prusia, Francia, España y los Estados- Unidos), á fin de establecer contra las pretensiones

británicas los tres principios que por mucho tiempo han constituido las bases de una parte importantísima del Derecho internacional marítimo moderno, á saber: 1.º, que todos los barcos neutrales podían navegar libremente de puerto á puerto y por las costas de naciones en guerra; 2.º, que las mercancías pertenecientes á súbditos de potencias beligerantes serían libres en barcos neutrales, exceptuados los artículos de contrabando; 3.º, que respecto de la determinación de estos últimos, regirían los tratados particulares que las naciones hubiesen celebrado entre sí; y 4.º, que no sería tenido como puerto bloqueado aquel cuya entrada no ofreciese un evidente peligro por la disposición, fijeza y proximidad de los barcos encargados de atacarle.

El año 81, todo esto que había comenzado á prepararse en el anterior y que se desenvolvió rápidamente en sus últimos meses, todo era un hecho, é Inglaterra se apercebía á una rudísima contienda, tal vez superior á todas las que hasta entonces la habían obligado á desplegar sus enormes fuerzas. Los americanos, pues, tenían de su parte cuanto podían desear, y el mero hecho de haberse necesitado todo esto para reducir á la postre á Inglaterra, es un argumento decisivo respecto de la imposibilidad en que los colonos se hubieran hallado para recabar por sí solos y en desigual pelea su independencia.

Pero, como he apuntado, todas estas ventajas estaban contradichas por la situación interior del nuevo pueblo, por sus intestinas divisiones, por el particularismo, por los celos que se apoderaban de los Estados y de los individuos, hasta el punto de haber llegado á producir una indigna conspiración contra el ilustre Washington. Hubo un momento crítico. Las tropas de Pensilvania se insurreccionaron: en seguida las de Nueva Jersey, después de matar á dos oficiales, intentan marchar sobre el Congreso para obtener sus pagas y sus licencias. Todas las fuerzas regulares americanas quizá no pasaban de 12.000 hombres. El Congreso se vió en el caso de no admitir el papel-moneda en pago de los impuestos, y principiaba á extenderse el pánico. Entonces Washington se decide y escribe á instancias del Congreso su célebre carta del 15 de Enero de 1781 al Gobierno francés. El general americano pedía un esfuerzo decisivo, y al efecto solicitaba de Francia un nuevo cuerpo de tropas, que podría llegar á 15.000 hombres; después que Francia llevase la guerra naval á las aguas de los Estados- Unidos, obligando

al inglés á la defensiva; y por último, y esto era lo capital y lo imprescindible, que se favoreciese al nuevo pueblo con un empréstito.

El éxito más completo coronó los esfuerzos del gran repúblico. A fines de Agosto llegó á las costas de los Estados-Unidos el almirante francés De Grasse con 28 navíos y 4.000 soldados. Luis XVI hizo un donativo de 6 millones de libras, y la garantía del Gobierno francés produjo que los Estados generales de Holanda adelantasen otros 10 millones, á condicion de que el dinero dedicado al ejército americano fuese puesto desde luego en manos de Washington.

Todo cambió. Mientras en el resto del mundo peleaban rabiosamente y con varia suerte franceses, españoles, holandeses é ingleses, probando á cada instante la soberbia Albion la magnitud de sus fuerzas y la enormidad de sus recursos, en América su causa cayó herida de muerte. El 16 de Enero los americanos mandados por Morgan ganan la gran batalla de Cowpens y las retiradas de Greene, favorecidas maravillosamente por la temperatura y el desbordamiento de los rios, en todo el invierno de 1781, revisten el carácter de verdaderas victorias sobre el inglés cansado y maltrecho. Vence lord Cornwallis y lord Rawdon en Guildfort House y en Hobkir's Hill respectivamente en Marzo y Abril, pero de tal suerte, que sobre ser las pérdidas de los ingleses mayores, la desventaja de los patriotas se reduce á tener que retirarse lenta y ordenadamente, conservando su ejército íntegra la fuerza moral, al punto de obligar en seguida á Rawdon á evacuar muchas localidades y puestos militares. En Setiembre, de nuevo vencen los americanos en Eutaw Spring, cerrándose verdaderamente con esta batalla la campaña de la Carolina que queda por los patriotas, si bien el inglés Leslie se mantiene aislado en Charleston hasta el 14 de Diciembre de 1782. El 30 de Setiembre de 1781 es atacado Yorktown (en Virginia) por los aliados, y el 19 de Octubre capitula lord Cornwallis. Todo el Sur está en poder de los americanos. El inglés se concentra en Nueva-York, de donde no debia salir sino para abandonar definitivamente á los Estados-Unidos.

Como ya he indicado, con el año 81 concluye en rigor la guerra de América. El general en jefe Sir Enrique Clinton es sustituido en Mayo por el general Carleton, que va á América con el almirante Digby. Este, autorizado para negociar la paz con los americanos, prescindiendo de los aliados (cosa que no lo-

gró); el otro dispuesto á ordenar, como hizo, que por parte de los ingleses se suspendiesen las hostilidades y no se excitase á los indios. Washington, empero, si bien limitó la accion de sus tropas á reprimir los excesos de los indios, no por esto prescindió de los preparativos para una nueva campaña.

En tanto se verifica un nuevo y trascendental progreso en el interior del naciente pueblo. El proyecto de los *Articulos de la Confederacion* votado por el Congreso en 15 de Noviembre de 1777 y aceptado en 9 de Julio de 1778 por la mayoría de los Estados particulares, al cabo venció la resistencia que le oponian los pequeños Estados de Rhode Island, Delaware, Nueva Jersey y Maryland, y con la sancion de todos comenzó á regir como ley positiva, organizándose todo el país con arreglo á ella hácia el mes de Marzo de 1781. A poco, y en su virtud, el segundo Congreso continental se disolvía y era elegido el nuevo Congreso de 1782.

A tales progresos correspondieron de un modo completo el de la opinion pública en Inglaterra y la nueva actitud de los poderes de la Metrópoli. Aquella mostrábase alarmada hasta lo indecible y decaído el ánimo del Ministerio, descompuesto el Rey y perturbados sus íntimos servidores, fué posible desde el 12 de Diciembre de 1781 al 4 de Marzo de 1782 la presentacion al Parlamento de una série de mociones á la Corona en el sentido de retirar las tropas de los Estados-Unidos reconociendo la independencia del nuevo pueblo. A la penúltima (que logró ser votada) habia contestado el Rey que «tendria en cuenta la advertencia y tomaría las medidas necesarias, para restablecer la armonía entre la Gran Bretaña y las Colonias rebeladas.» Pero la oposicion volvió á declarar á instancias de Conway que «la Cámara miraria como enemigos de S. M. y del país á cualquiera que aconsejase ó intentara continuar la guerra ofensiva en América, á fin de reducir á las Colonias por la fuerza.»

Quince dias despues caia el Gabinete North y subian al poder los wighs, con el programa del reconocimiento de la independencia de los Estados-Unidos. La súbita muerte del presidente del nuevo Ministerio, lord Rockingham (ocurrida el 1.º de Julio), hizo que la direccion de esta política tocase á lord Shelburne, su sucesor, que envió á París á Mr. Oswald y lord Santa Helena para negociar la paz con Franklin, John Adams, Laurens y Jay. El tratado se firmó el 30 de Noviembre; el 5 de Diciembre se anunció al Parlamento inglés; el 3

de Enero siguiente quedaron establecidos los preliminares de la paz en Versalles, entre Francia, España é Inglaterra, representados respectivamente por el Conde de Vergennes, el de Aranda y lord Santa Helena; el 3 de Setiembre se firmó tambien el tratado definitivo apareciendo como mediadores el Emperador de Alemania y la Emperatriz de Rusia, y el 25 de Setiembre de 1783 el ejército inglés evacuó á Nueva-York. Los Estados-Unidos se habian emancipado de Inglaterra. ¡A cuánta costal! ¡Pero con qué trascendentales efectos!

Casi en los mismos dias en que se disolvia el segundo Congreso continental de los Estados-Unidos, es decir, aquel que luchando con todo género de obstáculos y sin más poder que la fuerza moral habia dirigido la Revolucion americana desde 1775; casi en el instante mismo en que era elegido y se constituia el nuevo Congreso trasatlántico conforme á los *Articulos de la Confederacion*, es decir, en 1782 poco antes de las mociones presentadas al Parlamento británico, decia el elocuente Burke:

«Aún se nos hablará de los derechos por que hemos sostenido la guerra. ¡Excelentes derechos! ¡Oh! ¡Derechos preciosos! Preciosos sin duda por lo caro que nos cuestan; preciosos porque Inglaterra los ha pagado con la pérdida de 13 colonias, cuatro islas, 100.000 hombres y 1.750 millones. ¡Oh, maravillosos derechos que han hecho perder á la Gran Bretaña el imperio de los mares, aquella grande y sólida superioridad que hacia al mundo plegarse delante de nosotros! Derechos inestimables que nos han quitado nuestro rango entre las Naciones, nuestra importancia fuera, nuestra felicidad dentro; que han arruinado nuestra industria, nuestro comercio y nuestra navegacion; que del más floreciente Imperio han hecho la potencia más reducida y ménos envidiable del Universo. Derechos maravillosos que nos tomarán muy luego lo poco que nos queda.»

Es imposible, señores, encontrar en la historia moderna otra leccion más elocuente. Permitidme que os llame ligerísimamente la atencion sobre este particular, ya que, como habreis observado, en toda esta noche me he limitado á la pura relacion de hechos.—Lo sucedido á la Gran Bretaña en esta época es para imponer á cualquiera, y para admirar tambien la ley que no permite aquí en la tierra que la victoria sea siempre del más fuerte. ¡Oh! Caidas las habido iguales aun y superiores. La de Luis XIV es tremenda; pero lo que cons-

tituye la excepcional ejemplaridad del castigo sufrido por Inglaterra es que la mano que castiga su incomparable soberbia es precisamente la de aquellos mismos colonos que ella pretendia mandar como esclavos y aplastar como reptiles. Mas hay, señores, otra cosa tan grande y tan fortificante como este hecho. Lo he dicho muchas veces. Y es la buena voluntad con que Inglaterra á la postre aceptó la leccion y el ánimo con que aplicó á su vida posterior y en beneficio del progreso y de la humanidad los resultados de aquella terrible experiencia. Despues de 1783, Inglaterra no ha vuelto á los errores del antiguo sistema colonial.

RAFAEL M. DE LABRA.

LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES.

La inteligencia de los animales es un tema que siempre ha interesado mucho á los espíritus filosóficos; pero este interés se ha hecho todavía mayor de algun tiempo á esta parte, con motivo de la significacion que actualmente da al asunto la teoría de la evolucion.

El estudio de esta cuestion es de una importancia incontestable bajo el punto de vista científico, y de un modo puramente científico nos vamos á esforzar en hacerlo. Procuraremos, cuanto sea posible, evitar el lado anecdótico que ofrece, á excepcion de los casos en que sea necesario citar algunos hechos típicos, para hacer comprender mejor los diferentes principios que sentemos. Y con el fin de que el trabajo sea tan completo como debe ser, buscaremos siempre las relaciones que existen entre la inteligencia de los animales y la del hombre.

Como la inteligencia humana es la única que directamente conocemos, y al mismo tiempo la del orden más elevado que conoce la ciencia, de ella nos valdremos como término de comparacion. Empezaremos, pues, por exponer en algunas palabras los principios de psicología humana, de que habremos de tener necesidad en el trascurso de este estudio.

Cuando nos hallamos en medio de una numerosa asamblea y dirigimos la vista en torno nuestro, experimentamos un número de impresiones que seria difícil de contar. Estas impresiones, en tanto que entran en la cor-

riente general de nuestra conciencia, constituyen lo que se conoce con el nombre de percepciones. Supongamos que, después de cerrar los ojos, se fija nuestra atención en el recuerdo de cierta percepción; por ejemplo, en el recuerdo de un rostro dado; esta imagen intelectual de una percepción anterior, será lo que se llama una idea. Y supongamos que analizando muchos de los rostros considerados, reconocemos que, aunque no haya dos completamente semejantes, existe, sin embargo, entre todos ellos cierto parecido general. Para llegar á este resultado, nuestra imaginación habrá debido, al considerar aquella multitud de rostros, separar ó abstraer todas las cualidades esenciales de un rostro como tal: esta abstracción de cualidades, hecha por nuestra inteligencia, constituirá lo que podemos llamar nuestra idea abstracta de un rostro en general, en oposición á nuestra idea concreta de tal ó cual rostro particular.

Tenemos, pues, tres fases distintas: primero, percepción inmediata; segundo, representación ideal de los objetos particulares; tercero, concepción generalizada, ó idea abstracta de cierto número de cualidades pertenecientes á toda una clase de objetos. Para mayor facilidad, dividiremos la tercera fase en dos categorías: primera, ideas abstractas bastante sencillas para desarrollarse sin auxilio del lenguaje; y segunda, ideas abstractas demasiado complejas para desarrollarse sin ese auxilio. Como ejemplo de idea abstracta de la primera categoría, podemos tomar la idea del alimento. Esta idea se despierta en nosotros por la sensación del hambre; y como se halla en completa independencia del lenguaje, no cabe dudar de que es lo que se llama una idea abstracta. En efecto, no es en ningún modo necesario que la idea del alimento que se nos ocurre sea la de una especie determinada de alimento; por el contrario, la idea es ordinariamente la de alimentación en general, y esta idea es la que ordinariamente nos lleva á buscar tal ó cual clase de alimento en *particular*. Las ideas abstractas sencillas pueden formarse, pues, sin auxilio del lenguaje; por esto se hallan comprendidas en lo que se llama la lógica de los sentimientos. Pero las ideas abstractas más complicadas no pueden formarse sino con el concurso de las palabras; se hallan, pues, comprendidas en lo que se ha llamado lógica de los signos. Es fácil hacer ver de qué manera el lenguaje contribuye á la formación de las ideas más abstractas. Como vemos que á un gran número de

objetos es común cierta cualidad, por ejemplo, que son rojos, hallamos cómodo dar un nombre á esta cualidad; y una vez hecho esto, hablamos de una manera abstracta del color rojo, es decir, como si existiese independientemente de un objeto particular. La palabra rojo llega á ser, pues, el signo ó el símbolo de una cualidad, considerada independientemente de todo objeto particular al que pueda pertenecer; y cuando hemos hecho esta abstracción simbólica para una cualidad simple, tal como lo rojizo, podemos en seguida combinarla con otras abstracciones simbólicas, y después, por nuevas combinaciones, llegar á los símbolos de cualidades cada vez más complejos, así como á cualidades cada vez más alejadas de la percepción inmediata. Estos símbolos nos permiten, pues, remontarnos cada vez más alto en las regiones de la abstracción; calculando con la ayuda de signos verbales, pensamos en cierto modo con imágenes de las ideas; y si después de combinar estos signos de diferentes maneras, damos á los compuestos obtenidos así nombres distintivos, llegaremos á condensar en una palabra, es decir, en un signo, un sentido muy extenso. Así como los símbolos de que nos servimos en matemáticas expresan grandes cálculos bajo una forma fácil, así en las demás clases de razonamientos los símbolos que llamamos palabras encierran, bajo una forma abreviada, una significación muy lata. Basta estudiar á fondo esta cuestión para convencerse de que es imposible atribuir demasiado grande importancia á los servicios que la palabra presta al pensamiento. Sin la palabra, el pensamiento no podría elevarse por encima de las ideas abstractas más sencillas, mientras que con la palabra podemos representar las cualidades y llegar, en fin, á comprobar que tenemos conciencia de nuestra propia conciencia.

Hé aquí, pues, la clasificación de las ideas: ideas simples, ó ideas de percepciones particulares; ideas abstractas, ó ideas de cualidades generales; subdivisión de esta segunda clase en ideas que pueden desarrollarse por sentimientos sencillos, é ideas que no pueden serlo más que con ayuda de signos.

En cuanto á las ideas, nos bastará añadir que son las unidades psicológicas que forman el tejido intelectual. Constituyen su cierto modelo, la primera materia del pensamiento, materia que puede transformarse por la facultad reflexiva en diferentes productos de la imaginación. Una vez formadas, tienen la pro-

iedad esencial de presentarse por series, de tal suerte, que una idea atrae á otra con la que antes ha estado unida. Este principio de la asociacion de las ideas, tal como se manifiesta en las últimas unidades del tejido intelectual, es el más importante de todos los de la psicología; este es el principio que hace posibles todas las facultades del espíritu; memoria, instinto, juicio, razon, emocion, conciencia y voluntad.

Ahora es cuando verdaderamente se pueden estudiar los hechos de la psicología comparada, y para hacerlo de una manera completa, empezaremos por considerar lo que puede llamarse la base fisiológica del espíritu. No se podrá dudar de que todos los actos de la inteligencia vayan acompañados de acciones nerviosas, ó para adoptar los términos expresivos del Profesor Huxley, de que la psicogenosis está invariablemente asociada á la neurosis. Hé aquí cuál es probablemente, en cuanto podemos saberlo en el estado actual de la ciencia, la naturaleza de esta asociacion. El tejido nervioso se compone de dos elementos, que son las células nerviosas y las fibras nerviosas. Las células nerviosas están generalmente reunidas en grupos que se llaman centros nerviosos; de estos centros parten fibras nerviosas, viniendo otras á terminar en ellos. Estas últimas conducen á las células del centro nervioso, los estimulantes ó impresiones; y cuando las células reciben así una impresion, producen una descarga de energía nerviosa que, recorriendo las fibras que parten de las células, se comunican con otros centros nerviosos, con los músculos. Así es como entre los centros nerviosos se establece la armonía y conducen ó enlazan la accion de los músculos que dirigen. Este principio fundamental de la neurosis es el que los fisiólogos llaman principio de accion refleja; para manifestarse, no necesita más que un nervio aductor, un centro nervioso y un nervio abductor, cuya union constituye lo que se llama arco nervioso. Por otra parte, no es dudoso que en el tejido complejo del cerebro un arco nervioso no esté ligado á otro, y éste á un tercero y así sucesivamente hasta lo infinito; es tambien casi cierto que á los actos del pensamiento acompañan descargas nerviosas, que se producen ya en un arco ya en otro, segun la excitacion producida en el centro nervioso respectivo por la descarga de alguno de los otros arcos nerviosos con los que pueda estar en contacto ó relacion. Además, es probable que, á medida que una descarga nervio-

sa se reproduzca con frecuencia en un grupo dado de arcos nerviosos, á las siguientes descargas les será mucho más fácil seguir los mismos caminos, facilitándose así la comunicacion de las descargas sucesivas. Así el principio fisiológico de la accion refleja nos ofrece sin duda el lado objetivo del principio psicológico de la asociacion de las ideas. En efecto, puede admitirse que una serie de descargas que pasen por el mismo grupo de arcos nerviosos, siempre serán seguidas por la produccion de una misma serie de ideas; y tambien, que el anterior pasaje por un grupo dado de arcos nerviosos, haciendo más practicable la comunicacion, dará por resultado que las descargas subsiguientes recorran el mismo camino siempre que tengan el mismo origen. Esto sentado, se desprende, que la tendencia de las ideas á presentarse aun en el mismo orden que antes se habian presentado, no es despues de todo más que la expresion psicológica del hecho fisiológico, de que las líneas de descarga refleja se han hecho cada vez más practicables por el uso. Así se ve que el principio más fundamental de la psicología, el de la asociacion de las ideas, no es más que una expresion anversa del principio fundamental de la neurología, el de la accion refleja. Pero aquí es necesario tener presente una restriccion importante. Ninguna accion refleja ó nerviosa va nunca acompañada por la ideacion. En el hombre, por ejemplo, las acciones reflejas, cerebrales, son las únicas acompañadas de ideas; y se puede creer que en su mayor parte no van acompañadas de ideacion consciente, porque el análisis prueba que las únicas descargas cerebrales acompañadas de ideas ó de cambios de conciencia, son aquellas cuya produccion es relativamente ménos frecuente, y cuyo paso es, por consecuencia, relativamente más lento. A medida que un acto se hace habitual, va siendo ménos necesario que tengamos conciencia de su realizacion; entonces decimos que éste tiene efecto automáticamente y sin la intervencion del pensamiento. De aquí resulta el importante hecho de que la conciencia se manifiesta solamente cuando las acciones reflejas cerebrales siguen caminos ménos trillados, y que por consiguiente las descargas cerebrales que empezaron por acompañarse de ideas definidas, pueden, renovándose frecuentemente, dejar de ser acompañadas de ninguna. Es de la mayor importancia comprobar este hecho, porque en él estriba la explicacion del origen de muchos instintos de los animales. Estos

instintos han debido empezar por tener un carácter inteligente; pero los actos que ellos determinaban, habiéndose repetido continuamente durante toda una serie de generaciones, se han transformado al fin en acción refleja, puramente mecánica, y así tienen ahora el carácter de actos puramente automáticos ó de instintos ciegos. A propósito de este asunto, hé aquí una experiencia curiosa. El doctor Allen Thomson hizo nacer pollos sobre una alfombra, y en ella los dejó durante muchos días. Los tales pollos no han mostrado inclinación alguna á escarbar, porque la estimulación ejercida por la alfombra en la planta de sus patas tenía un carácter demasiado nuevo para despertar el instinto hereditario; pero luego que Mr. Thomson arrojó un poco de arena sobre la alfombra, suministrándoles así el estimulante conveniente ó hábitual, inmediatamente se pusieron á escarbar. Para lo que ellos sabían, tantas probabilidades tenían de encontrar granos en la alfombra como en la delgada capa de arena puesta bajo sus piés. Se podrían citar otros muchos ejemplos que demuestran que los animales adquieren instintos por la frecuente repetición de actos inteligentes, lo mismo que el hombre, en la corta duración de su vida individual, adquiere el instinto, por ejemplo, de ponerse su gorro de dormir; instinto que puede llegar á ser bastante pronunciado para afirmarse aun en el estado profundamente inconsciente de la moda apoplética.

Podemos, pues, explicar todos los más complicados instintos de los animales como casos en que la inteligencia ha dejado poco á poco de funcionar. Pero por otra parte hay un gran número de los instintos más sencillos que se han producido probablemente de una manera más sencilla. Es decir, que por lo regular éstos nunca han tenido el carácter de actos inteligentes; pero desde luego se han manifestado bajo la forma de actos puramente accidentales, por los que el organismo se adaptó al centro en que se encontraba; después se han adaptado por selección natural, y se han desarrollado en actos reflejos automáticos. Tenemos por ejemplo el acto por el cual un insecto ó un animal inferior «se finge muerto» en presencia del peligro. Esto no es un acto inteligente, podemos estar seguros de ello, porque sería absurdo suponer que los insectos pueden tener ideas tan abstractas como las de la muerte y de su imitación consciente, y porque además M. Darwin ha hecho varias veces gran número de observaciones sobre

este asunto, sin que jamás haya podido ver en la actitud con que representaba la muerte ningún parecido con la verdadera del mismo animal. No hay que ver, pues, en este acto más que el instinto de quedar inmóvil, es decir, de no llamar la atención del enemigo; y fácil es ver que este instinto ha podido desarrollarse por selección natural sin haber sido nunca un acto inteligente. Los individuos menos dispuestos á huir ante sus enemigos, se conservan mejor que los que llaman la atención con sus movimientos.

Tenemos, pues, que los instintos de los animales pueden originarse de dos diferentes maneras: pueden ser el resultado de actos primitivamente inteligentes, pero que llegaron á ser automáticos por su frecuente repetición; y pueden provenir de que el animal más á propósito para resistir sobrevive á los demás y perpetúa así actos que, aunque nunca hayan sido razonados, han prestado servicio, sin embargo, á los animales que por casualidad los ejecutaron desde el primer momento. Añadiremos por otra parte, que aunque bajo el punto de vista psicológico haya una gran diferencia entre estas dos especies de instinto, no la hay bajo el punto de vista fisiológico; en efecto, bajo este último punto de vista, las dos son únicamente la expresión del hecho de que células nerviosas y fibras nerviosas especiales están destinadas á ejecutar sus actos reflejos automáticamente, es decir, sin intervención de la inteligencia.

Esto es lo que entendemos por base fisiológica del espíritu; y antes de pasar á otra parte del asunto, queremos hacer ver que el reconocimiento del hecho incontestable de la existencia de tal base, no es precisamente una declaración de materialismo. La existencia de relaciones íntimas entre los fenómenos psíquicos y los físicos, no podría ponerse en duda un solo instante; pero en cuanto á la naturaleza de estas relaciones, la ciencia se ve obligada á confesar que es actualmente desconocida, y en cuanto es posible juzgarla en el presente estado de cosas, que se halla destinada á permanecer desconocida siempre. La ola siempre agitada de la inteligencia avanza desde el principio de los siglos, invadiendo por todos lados las escarpadas riberas del por qué; pero en la línea de unión del espíritu y de la materia se eleva, como una roca inaccesible, un gran misterio, y en la oscuridad que le envuelve, oímos la voz de la verdadera filosofía que nos grita: «tú llegarás hasta aquí, pero no más lejos, y tus ondas

orgullosas se detendrán ante esa barrera.»

Pero pasemos ahora al estudio de la psicología comparada. Los primeros animales en los que podemos estar seguros de que la acción refleja va acompañada de ideación, son los insectos. En efecto; M. Darwin ha comprobado que las abejas recuerdan la posición de las flores que han sido visitadas *solamente varias veces*, aun cuando estuvieran ocultas, por casas situadas entre ellas y la colmena, ó por otros obstáculos. Sir John Lubbock también ha hecho ver que, según *corto número de experiencias individuales*, las abejas llegan á establecer una relación definida entre ciertos colonos, en el papel y en su alimento; y hasta que un limitadísimo número de lecciones basta para que una aveja aprenda el camino que debe seguir cuando quiere salir de un frasco de vidrio.

Estas observaciones parecen probar que ciertos articulados poseen un grado de inteligencia superior al de los vertebrados inferiores. Aún no habrán olvidado muchos la experiencia en virtud de la cual el profesor M. Möbius ha demostrado que un sollo necesita tres meses para establecer una asociación de ideas entre ciertos pescados de que se alimenta y su protección por una pared invisible. En efecto, un sollo encerrado en un vivero, empezó desde el primer momento á chocar contra una pared de vidrio que le cerraba el camino, cuantas veces trataba de coger los gubios colocados al otro lado de la pared. Necesitó tres meses para establecer en su cerebro la asociación de ideas necesaria para comprender que sus esfuerzos eran inútiles, dejando entonces de renovarlos. Quitada la placa de vidrio, la asociación de ideas, arraigada ya en el cerebro del sollo, no salía de él, pues aunque con ánsia devorase todas las demás especies de pescados, respecto á los gubios no volvió á mostrarse hostil. De aquí se deduce que si un sollo tarda mucho en formar sus ideas, aún es más lento para perderlas, pareciéndose en esto á muchos miembros respetables de una raza superior que invierten la mitad de su vida en asimilarse las antiguas ideas de sus antepasados, y la otra mitad en considerarla como las únicas verdades posibles. Ellos tampoco conocen cuando la mano de la ciencia hace desaparecer una barrera de cristal.

En cuanto á la asociación de las ideas en los animales vertebrados superiores, bastará añadir que en todos ellos, como en el hombre, la base de la psicología es el principio de que

en los más inteligentes las asociaciones de las ideas se forman rápidamente, y, una vez formadas, son muy persistentes; y que, en fin, dentro de los límites en que ella se extiende, la ideación de los animales está sometida á las mismas leyes que la del hombre.

Natural es ahora preguntar hasta dónde llega la ideación del animal. La respuesta es muy sencilla, por más que la pregunta se formule ordinariamente bajo una forma errónea en absoluto. Dícese por lo general, que los animales no tienen la facultad de la abstracción, y que por consiguiente, la diferencia que hay entre la inteligencia del animal y la del hombre, consiste en que los animales son incapaces de formar ideas abstractas. Pero este es un gran error. No debe olvidarse la distinción que al principio hemos hecho entre las ideas abstractas que pueden despertarse por simples sentimientos, tales como el hambre, y las ideas abstractas que no pueden desenvolverse sino con auxilio de la palabra. Si se tiene en cuenta esta distinción, se reconocerá que la única diferencia entre la inteligencia del animal y la del hombre, consiste en que la del animal es incapaz de producir ideas abstractas, cuya formación depende de la facultad de hablar. En otros términos, los animales son tan capaces como los hombres de formar ideas abstractas, si se entienden como abstractas las ideas generales de las cualidades, que por su sencillez no necesitan ser fijados con nombres. Por ejemplo, si vemos un zorro en un corral, no podemos dudar de que haya sido impulsado por el hambre á introducirse en un lugar donde él tiene la idea general de que ha de encontrar muchas cosas buenas, del mismo modo que nosotros podríamos sentirnos impulsados por un motivo igual á entrar en una fonda.

Es indudable que los animales tienen concepción general de las ideas de causa y efecto. Y así se explica el que un perro que se asustaba mucho de la tormenta, oyendo cierto día el ruido producido al echar sobre el suelo de madera de un desván una gran cantidad de manzanas, cuya fruta ocasionaba en su prolongada caída un rumor bastante parecido al del trueno lejano, se sintió acometido de terror; pero luego que se le llevó á ver en qué consistía y conoció la verdadera *causa* del ruido, recobró su ordinaria tranquilidad. Otro perro, al cual se le había acostumbrado á tirar por el aire huesos viejos, como si tuvieran vida y movimiento, cierto día, en que por hacer una experiencia, se le arrojó un hueso

atado con hilo casi imperceptible, y después de dejarle jugar con él de un lado para otro, desde lejos se tiró del hilo suavemente para retirárselo, al aperebirse de que el hueso se movía solo realmente, corrió á refugiarse bajo un sofá, en actitud de observación y como horrorizado de lo que veía. Pues todavía se le infundió mayor espanto arrojándole al suelo pompas de jabón que rodaban en torno suyo. Una vez tuvo valor para acometerlas echándolas la pata; pero al verlas desvanecerse, huyó sobrecogido por la misteriosa desaparición. Y de otro modo se le causó también horrible miedo: llevándole á una habitación, donde sin pronunciar palabra, se puso su dueño á hacerle toda clase de gestos. Se aterrorizó por lo inusitado que hallaba en una conducta tan poco conforme con sus ideas generales de uniformidad en materia de psicología. Es verdad que la misma experiencia se ha repetido con otros perros menos inteligentes, sin obtener más resultado que el de que se pusieran á ladrar.

Las operaciones intelectuales de los animales no pueden en absoluto distinguirse de las nuestras. En efecto, después de haber probado, como se acaba de ver, que los animales poseen la facultad de la abstracción, vamos á demostrar que tienen igualmente las facultades de juicio y de razón. Un amigo nuestro, el Doctor Rae, viajero y naturalista muy conocido, observó en las Orcades un perro que tenía la costumbre de ir cada quince días á la iglesia con su amo. Para esto, se veía obligado á cruzar nadando un estrecho de kilómetro y medio de anchura, y antes de arrojarse al agua, caminaba por la ribera más de un kilómetro en dirección al Norte cuando la marea subía, y descendiendo hácia el Sur cuando bajaba, calculando casi siempre la distancia á fin de arribar á punto al sitio más cercano de la iglesia. Añade nuestro amigo en su carta: «Siempre me he preguntado cómo podría arreglarse el perro para calcular la fuerza de las grandes y pequeñas mareas y sus diversos grados de rapidez, para tomar la dirección que precisamente necesitaba.»

Respecto al juicio, la misma autoridad científica nos suministra notables ejemplos. Mr. Rae, que quería cazar algunos zorros árticos, había colocado lazos de varias clases; pero como su experiencia anterior había enseñado á los zorros á conocer los lazos, ninguno dió buen resultado. El Doctor tendió, pues, un nuevo lazo que nunca había usado en aquella región, y que solo consistía en una

carabina cargada puesta sobre un apoyo con la puntería dirigida al cebo, el cual se hallaba atado con bramante al gatillo de la carabina de manera que al tirar del pedazo de carne el zorro hacia salir el tiro, causándose él mismo la muerte. La carabina estaba colocada á la distancia de unos 20 metros del cebo, y el bramante estaba oculto por la nieve en casi toda su longitud. Este lazo mató un zorro, pero fué el único, pues desde aquel momento los zorros recurrieron á dos medios para coger el cebo sin peligro. El primero fué roer el bramante cerca del gatillo por el sitio en que se hallaba al descubierto; el segundo consistió en abrir en la nieve un camino subterráneo perpendicular á la línea del tiro, de tal suerte, que á pesar de dispararse la carabina no recibían los zorros el tiro, porque el cebo era extraído por debajo de su dirección antes que la tensión del bramante fuese suficiente para producir el disparo. Estos dos medios comprueban una facultad que bien merece el nombre de razonamiento, y en muy alto grado en nuestra opinión. El camino abierto por los zorros, dice M. Rae, era siempre perpendicular ó casi perpendicular á la línea de tiro. Si era destinado á servir de abrigo (porque el zorro debió pensar que en la carabina ó en lo que de ella partiese estaba el peligro que le era necesario precaver), debía estar hecho á través de la línea de tiro, porque de haber seguido la misma línea, no hubiera resguardado al animal por completo; de suerte, que el razonamiento ó la inteligencia del zorro hubiera sido defectuosa. Nosotros creemos que uno de aquellos astutos animales vió matar á su compañero ó le encontró poco después de su muerte, porque los zorros no siempre van por parejas, sino que se separan para tener más probabilidades de hallar presa, y atribuyó naturalmente aquella desgracia al único objeto extraño que vió en las cercanías, es decir, á la carabina. En todo caso, es evidente que los zorros estudiaron con el mayor cuidado la posición, según lo demostraban las huellas impresas en la nieve por aquellos que se acercaron con prudencia para cortar el bramante ó abrir la zanja. Hemos preguntado á Mr. Rae sobre los detalles relativos á tal observación, y por él sabemos que en aquella parte del mundo no se usa el bramante para formar los lazos; así es que no se ha podido establecer en la imaginación de los zorros ninguna asociación de ideas entre un bramante y un lazo. Además, después de la muerte del primer zorro, las huellas impresas en la nieve indicaban

que el segundo, no obstante la tentación del cebo, había estudiado con detenimiento la carabina antes de ponerse á cortar el bramante. En fin, respecto á la zanja perpendicular á la línea de tiro, Mr. Rae y uno de sus amigos, persona de entero crédito, observaron el hecho un número de veces bastante crecido para convencerse de que la dirección dada era el resultado de la reflexión y no el efecto de la casualidad.

(Concluirá.)

G. J. ROMANES.

(Trad. de B. de la Loma.)

ALFREDO TENNYSON.

En el Norte del condado de Lincoln, muy cerca de la estación de Bartneby, punto de empalme del ferro-carril de Nottingham á Hull con los de Sheffield y Doncaster á Great Grinsby, y á 191 millas de Londres, hay un oscuro y humilde pueblecito, que á pesar de su insignificancia está indudablemente llamado á tener gran celebridad. En la parroquia de Somerby (1) no hay, que nosotros sepamos, ningun dolmen celta, ni sepulcros daneses, ni campamento romano; no encierra en su recinto ningun notable monumento, ni se dió en su jurisdicción batalla alguna famosa, y sin embargo, no faltarán viajeros de todos los países que vayan á visitarla, y que experimenten al llegar á ella una emoción tan profunda como la que se siente al entrar en un pueblo famoso en los fastos de la humanidad; una emoción tal vez tan profunda, y seguramente más grata, que la que se experimentaría en Arbelá, en Cannas, en Farsalia, en Poitiers, en Pavia, en Waterloo, y en los demás lugares inmortalizados por la barbarie de los hombres. Y es que la humilde parroquia de Somerby es cuna de uno de los más grandes poetas que ha habido jamás, un dulce é inspirado cantor, regocijo de las musas y delicia de la humanidad. ¿Qué importa que el aguilucho nazca en pobre nido rodeado de peñascos, en alguna lóbrega hendidura de la montaña? En cuanto le salgan las plumas, se elevará por los aires sobre las más altas cumbres, irá á rozar con sus alas la bóveda azul,

(1) Algunos escriben equivocadamente Summerby, y otros Somersby.

y mirará frente á frente sin mover los párpados, al fulgurante lumínar del día.

Alfredo Tennyson es el tercer hijo de un clérigo anglicano, el rector de Somerby, y nació en esta parroquia en 1809, no en 1810 como se ha dicho equivocadamente. Su tío Carlos Tennyson D'Eyncourt, hermano menor de su padre, fué un distinguido miembro del Parlamento británico; y los hermanos mayores del poeta, Federico y Carlos, el último de los cuales ha tomado el nombre de Turner, han escrito varios tomos de poesías, y todavía continúan publicando excelentes poesías sueltas.

Poco espacio se necesita para referir la vida de Alfredo Tennyson. Su existencia no ha sido agitada é infeliz como la de Alfredo de Musset ó la de Lord Byron, sino tranquila y serena como la del autor de *El Paraíso perdido*. Así, y solo así, han podido desarrollarse sus maravillosas facultades. Lejos de arredrarle el estudio de los hombres y de sus encontradas pasiones, lo ha llevado tan lejos, más lejos quizá, que cualquier poeta contemporáneo; pero al mismo tiempo ha estudiado la naturaleza, ha conversado con ella, por decirlo así, seguro de que esta madre de todos nosotros tenía todavía innumerables secretos que revelar á la humanidad, á pesar de que antes que él, hombres como Shakspeare, Shelley, Byron y Wordsworth habían conseguido con su genio, con su elocuencia y con el infinito amor que la tuvieron, hacerla tan confiada y comunicativa. Al obrar de ese modo Tennyson ha demostrado á todos los amantes de las musas el rumbo que deben seguir: pues no es el más grande de los poetas el que estudia, comprende y canta la naturaleza, ni el que logra penetrar en el corazón del hombre y hacer el poema de la humanidad, sino el que reúne la cuidadosa observación y el profundo estudio de ambas, humanidad y naturaleza, y sabe mostrar las relaciones que existen entre una y otra. Esta irrefutable verdad ha guiado siempre á Tennyson como un faro luminoso en su larga y gloriosa carrera; y como dice el eminente crítico Barnett Smith, desde que allá en sus juveniles años hizo el retrato de *Lilian* con *the baby-roses in her checks*, hasta que en la edad proveyta ha pintado los pesares de la reina *Ginebra*, el Poeta Laureado no se ha dormido en la busca del Santo Grial (1) de lo bueno, de lo grande y de lo bello.

(1) La busca ó recuesta del *Santo Grial* ó *Graal* por los caballeros de la Tabla Redonda, es el asunto de uno de los mejores poemas de Tennyson, y el sexto de sus *Idilios del Rey*.

Una notable prueba de la falibilidad de los críticos ofrece la carrera de Alfredo Tennyson. Afortunadamente, este no escuchó los vaticinios de muchos de los que gozaban de reconocida autoridad en literatura, y que quisieron apagar la voz de este dulce cantor, por parecerles que sus cantos eran indignos de dejarse oír en las sagradas florestas del Parnaso. A pesar de tan desfavorables juicios, prevaleció en el corazón del joven la confianza, hija del genio y no de la vanidad, y el delicado poeta lírico de hace cuarenta años fué desarrollando sus facultades hasta transformarse en uno de los más grandes poetas *idílicos* que el mundo ha visto hasta ahora. Como al insigne Wordsworth, su predecesor en el honrosísimo puesto de Poeta Laureado, se le aseguró al principio de su carrera que solo espinas y abrojos le produciría el cultivo de la poesía, que debía dejarse á más privilegiados talentos; pero el hijo del rector de Somerby no se separó del camino que se había trazado, y con una serie de magníficas obras, destinadas á hacer las delicias de las futuras generaciones, como hacen ya las de esta generación, ganó los laureles que adornan su augusta frente, y que le fueron concedidos con aplauso de la universalidad de sus compatriotas.

A los 18 años de edad Mr. Tennyson fué á la Universidad de Cambridge, famosa por los muchos grandes hombres que han salido de sus aulas. No pocas páginas necesitaríamos para mencionar solamente los más ilustres, entre los cuales se cuentan Milton, Byron, Dryden, Coleridge, Sterne, Bacon, Newton, Cromwell, Pitt y Walpole. En la Universidad conoció á Arturo Hallan, hijo del célebre historiador; y la amistad de los dos estudiantes ha sido inmortalizada en una obra de todos conocida en los países en que se habla la lengua inglesa. Nuestro poeta hizo sus estudios con brillantez. Todavía no se le había conferido grado alguno, cuando en 1829, hallándose en *Trinity College*, que es el principal colegio de la Universidad, obtuvo un premio de poesía, *la medalla del Canciller*, por su composición titulada *Timbuctoo*, que constaba de unos 250 versos libres, y que se publicó aquel mismo año. Verdad es que, como dice Barnett Smith, obtener el premio de poesía inglesa y la medalla del Canciller no significa ser gran poeta ni adquirir fama de tal; con frecuencia sucede enteramente lo contrario.

Algunos años después de salir de Cambridge, Mr. Tennyson se casó con Miss Emilia

Sellwood, de los Sellwoods de Peasmore, condado de Berks, de quien tiene dos hijos, Hallam y Leonel; y desde entonces ha vivido casi constantemente lejos del bullicio del mundo, en una casa de campo de los alrededores de Londres, ó en la isla de Wight.

Poseedor desde muy joven de una fortuna considerable, Alfredo Tennyson ha podido dedicarse á sus anchas y con entera independencia al cultivo de las letras, no dando al público más que obras concienzudas y muy meditadas. Sigámosle paso á paso en su carrera literaria, ocupándonos, aunque someramente, de todas sus más notables producciones.

La poesía titulada *Timbuctoo*, de la que ya se ha hablado más arriba, no fué su primer ensayo literario. Ya en 1827, es decir, dos años antes, había publicado, juntamente con su hermano Carlos, una colección de poesías titulada *Poesías de dos hermanos* (*Poems by two brothers*), pero callando modestamente el nombre de ambos. Esta obra no pasó desapercibida, como lo prueba el hecho de que dos poetas tan insignes como Coleridge y Wordsworth se ocuparan de ella, con la curiosa particularidad de que ambos daban la preferencia á las poesías de Carlos. El autor de la *Excursion* decía al poeta y filósofo americano Emerson, que á su parecer Alfredo tenía verdadero genio poético, pero también cierta afectación, de que su hermano estaba exento. Wordsworth cambió más adelante de opinión acerca del mérito relativo de los dos hermanos, pues en su carta al profesor y crítico americano Henry Reed aparece como el primero en descubrir el genio de Tennyson. Se expresa en ella con entera franqueza, y dice hablando de nuestro poeta: «Es indudablemente el primero de los poetas que hoy poseemos.» ¡Cuánta magnanimidad hay en este sincero homenaje del venerable bardo que durante medio siglo había hecho, con sus magníficas obras el encanto de sus contemporáneos!

En 1830, Alfredo publicó solo otro tomo de poesías (*Poems chiefly lyrical*), pero esta vez con su nombre en la portada; y aunque la mayoría de los críticos nada encontraron en él digno de encomio, debemos confesar que algunos mostraron más juicio, sagacidad y discernimiento que sus colegas respecto al genio del futuro poeta laureado. Entre éstos merecen ser citados el profesor Wilson, que se ocultaba bajo el pseudónimo de Christopher North, John Stirling, y un redactor de la *Revista de Westminster* (después se ha averigua-

do que este último era el famoso John Stuart Mill), todos los cuales descubrieron en el volumen en cuestion los destellos de un genio poderoso, y manifestaron su creencia de que Mr. Tennyson era un poeta de grandes esperanzas. Pero ni la publicacion en 1832 de otra notable coleccion de poesías bastó para que la mayoría de las reconocidas pero erradas autoridades en literatura cambiase de opinion acerca del poeta. En efecto, casi todos los criticos de nota estaban contra él, y pasaron todavía diez años antes de que sus facultades poéticas recibieran el primer homenaje verdaderamente brillante y ruidoso: éste apareció en las columnas de la antigua *Revista de Edimburgo* despues de la publicacion en 1842 de dos volúmenes de poesías. Estos volúmenes contenian poemas ó fragmentos de poemas, tales como *La muerte de Arturo*, *La hija del jardinero*, *Ulises*, y otros, que Tennyson no ha superado nunca ni en la armonía ni fluidez de los versos, ni en lo elevado de la concepcion, la nobleza de los afectos ó la verdad de la pintura. El genio del poeta ha llegado á su madurez: el cisne de Somerby no es ya solamente el cantor de la delicada belleza de *Adelina* y *Lilian* y el soñador de la vision de *The lotus-eaters*, sino el intérprete de la pasion humana en *Loksley hall* y el filósofo de *Las dos voces*. De este modo se expresaba un penetrante crítico hablando de los dos volúmenes citados: «Si no nos engañamos, se muestran en estos volúmenes facultades adecuadas para la produccion de una grande obra; á lo ménos nos seria difícil decir cuál es la facultad que se echa de ménos de las que para ello se juzgan necesarias.» La misma autoridad admitió, algunos años más tarde, que aquellos dos tomos de poesías habian de una vez colocado á Mr. Tennyson á la cabeza de los poetas ingleses contemporáneos, y le habian mantenido desde entonces en tan encumbrado puesto.

«Todo bien considerado (dice un admirador de Mr. Tennyson), el renombre aunque difícil de conquistar al principio, vino á este autor á la mejor edad. En efecto, no era jóven, y por consiguiente las alabanzas no le desvanecieron, y no corrió el peligro de que éstas ahogaran su genio, como sucede algunas veces con los hombres que adquieren fama cuando apenas les apunta el bozo, con los hombres prematuramente idolatrados por sus conciudadanos; no era viejo, cuando las verdes hojas de la prosperidad se entrelazan por primera vez con las venerables guedejas del genio solamente para hacer pensar en la larga in-

gratitud de los hombres. Mr. Tennyson habia llegado en su carrera de poeta á aquel punto medio en que la inteligente estimacion de los lectores es el más grato tributo, la mejor recompensa y el mayor incentivo para seguir cultivando la poesía. Habia sabido trabajar y esperar, y su premio estaba al fin asegurado. A la edad de 30 años oyó por primera vez, todavía débil, el soplo de la fama, que de dia en dia se ha hecho más poderoso, y que, atravesando los continentes, se ha dejado oír en todos los países en que se habla la lengua inglesa.»

En 1847, Mr. Tennyson publicó *La Princesa* (*The Princess*), que es una especie de poema dramático ajustado al gusto moderno, y en 1850 *In Memoriam*, coleccion de elegias inspiradas por la muerte de Arturo Hallam, su más querido amigo de la juventud. En el mismo año Mr. Tennyson sucedió á Wordsworth como *Poeta Laureado*, ó sea *Poeta de la Reina*; y en calidad de tal compuso en 1852 la *Oda sobre la muerte de Wellington*. En 1855 publicó el poema *Mand*, acompañado de algunos otros trabajos (*Mand and other poems*), y en el mismo año le confirió la Universidad de Oxford el grado de Doctor en derecho civil.

El poema *La Princesa* dividió grandemente á los admiradores de Mr. Tennyson, y hubo algunos criticos que creyeron que esa obra ponía en peligro la reputacion del autor; pero cuando verdaderamente menudearon las diatribas fué á la aparicion de *Mand*. Para muchos este monodrama mostraba claramente que el sol del poeta se acercaba al ocaso. Pero aunque esos dos poemas adolezcan de ciertos defectos y sean inferiores á otras muchas obras de Tennyson, ¿qué otro poeta hubiera sido capaz de escribirlos? El plan de *La Princesa* es algo defectuoso, y desigual la exposicion; pero esta obra, escrita con un fin social, encierra sublime poesía, sátira fina y delicada, y profundas consideraciones filosóficas. Hay en *La Princesa* melodías que despues de oidas una vez parecen resonar eternamente en los oidos, y pinceladas que una vez vistas no se quitan ya de delante de los ojos; trozos de esplendor maravilloso y eminentemente poéticos. ¡Qué bello es el pasaje en que el autor, en las últimas páginas del poema, discurre sobre la diversa naturaleza del hombre y de la mujer! Las canciones que preceden á cada una de las siete partes en que está dividido el poema, son tambien bellísimas, y entre ellas la que empieza con el verso

The splendour falls on castle walls

está considerada, por lo que respecta al ritmo y á la cadencia, como una de las mejores poesías líricas del autor; pero hay más sentimiento en las que preceden á las partes segunda, tercera, sexta y sétima. La que va inmediatamente antes de la sexta parte tiene la forma de las antiguas baladas inglesas, y no hay persona medianamente sensible que pueda leerla sin prorumpir en sollozos al llegar á la última estancia.

En cuanto á *Mand*, fué á su publicación objeto de tan encontrados juicios, provocó tan acerbas censuras y tan entusiastas elogios, que no sin razón hicieron exclamar á un conocido crítico: «¿Cuáles son tus dioses literarios, oh Inglaterra?» En efecto, mientras que la *Revista de Westminster*, que tantas veces habia cantado las alabanzas del poeta, consideraba el poema nada más que como un *residuum* de Tennyson, y observaba que «el majestuoso y elevado vuelo del entendimiento, que no reconocia límites ni distancias, la dulce filosofía, los nobles afectos, la maravillosa melodía, habian desaparecido casi por completo, dejando poco más que un mezquino desden, que se jacta, sin embargo, de su desden á la mezquina estrechez de ánimo, y una indignación revestida de exagerados conceptos;» mientras que muchos de los principales periódicos se hacian eco de otro revistero que habia dicho: «El hombre que incuestionablemente ha ocupado por muchos años el primer lugar entre los poetas contemporáneos, pierde terreno á cada esfuerzo sucesivo que hace.» otro escritor, á la vez excelente poeta y autorizado crítico, emitia un juicio enteramente opuesto. Nos referimos á Walter Savage Landor. «¡Qué delicioso —dice el autor de las *Imaginary Conversations*— es el poema *Mand* de Tennyson! Esta obra, ¡cuánto más alto y más fresco es su laurel, que los laureles raquíuticos y mutilados de los jardineros que en el mismo jardín le han precedido! Rara vez se han visto tan cordialmente unidas la poesía y la filosofía. ¡Ojalá Mr. Tennyson no hubiese escrito jamás la *Oda á Wellington*! Es un verdadero poeta. ¿Qué otro podia haber escrito este verso, que vale por sí solo muchos volúmenes enteros:

The breaking heart that will not break?

Su ternura y su delicadeza son infinitas, é infinitos son tambien su pensamiento y su imaginación, y la melodía, la dulzura, el vigor y la majestad de sus versos.» Este elogio no es exagerado; pero nosotros debemos preferir el juicio de los que, como

Barnett Smith y otros críticos, han sabido descubrir no solo las excelencias, sino tambien los defectos del poema. Es innegable que este tiene la desventaja de presentarse bajo su peor aspecto desde las primeras páginas, dejando en el ánimo del lector una impresión penosa, que ya no se borra por completo mientras dura la lectura del libro. El poema es desigual; está escrito en un estilo arrebatado, y se desprende de sus páginas una negra y desconsoladora filosofía. El poeta, en un momento de mal humor, ha encontrado un héroe mal humorado; pero, afortunadamente, si al héroe el mundo le parece un desierto, en cambio el poeta nos ofrece un mundo de flores que ha creado para nosotros. Los cuadros de la vida real son admirables por la verdad que hay en ellos, y se puede asegurar que si no estuviesen firmados nadie dejaria de adivinar el nombre del hábil y primoroso pintor. El argumento es muy á propósito para hacer una de esas *novelas de sensación*, que tan en boga están hoy en Inglaterra y en otras partes; pero el autor ha sabido hermosearlo, revistiéndolo con todas las galas del lenguaje, de ese lenguaje exuberante, propio tan solo de aquel que recibe en su alma

The light which never was on land or sea.

El temor de alargar demasiado nuestro trabajo, no nos permite ocuparnos de *Aylmer's field*, *Enone*, *The Brook*, *The miller's daughter*, *The grandmother*, *Northern farmer*, y tantas otras producciones no ménos admirables; pero no podemos ménos de decir algunas palabras acerca de los preciosos poemitas *The May Queen*, *Dora* y *Enoch Arden*, que además de contarse entre los mejores que han brotado de la fecunda pluma de Mr. Tennyson, son tambien las primeras producciones de tan eximio vate que han visto la luz en lengua castellana. En efecto, esas tres composiciones, que el lector puede ver en nuestro libro titulado ORO Y OROPEL, las habiamos publicado hace ya unos seis años en varios periódicos literarios y políticos de Madrid y provincias. Al que estas líneas escribe, cabe, pues, la alta honra de haber sido el primero en presentar á sus compatriotas el cisne de Somerby, ofreciendo á su admiración algunos de los más inspirados cantos de este cantor sublime, el más insigne de los que hoy posee la patria de Milton y de Shakspeare. Fuerza es confesar que Alfredo Tennyson ha tenido entre nosotros un introductor bien humilde y oscuro, y que la Fortuna, que tanto se

ha complacido en colmarle de favores, se le ha mostrado en esta ocasion bien poco propicia, sin duda por no perder su fama de voluble favoreciéndole constantemente.

The May Queen, ó sea *La Reina del Mayo* ó simplemente *La Maya*, es la historia de una niña envanecida de su hermosura, que en su lecho de muerte, que riegan con lágrimas su madre y su hermanita, recuerda tristemente el hermoso y alegre día en que fué coronada *reina del mayo* en la verde pradera que ya no verán sus ojos, y se lamenta de haber sido vana y caprichosa, y de haber desdeñado al infeliz mancebo que la amaba. La pobre niña quiere morir, y, sin embargo, siente dejar los hermosos y floridos campos que desde su lecho se descubren, y que ilumina el sol esplendoroso. ¡Ah! ¡Ya no discurrirá por ellos como otras veces! ¡Otras manos que las suyas cogerán las silvestres flores que esmaltan el valle!

Nada más tierno, nada más dulce y delicado que esta melodía tristísima, entonada á las puertas de la muerte por un sér que apenas ha tenido tiempo de saber lo que es la vida, y que sin embargo está ya fatigado de vivir y ansioso de volar, *allá donde el malvado cesa de hacernos sufrir, y donde descansan los que están cansados.*

El segundo de los poemitas mencionados, *Dora*, es un relato sencillísimo, que el poeta no ha querido exornar con las galas de la imaginación, porque sabia que la simple narración de los hechos bastaría para deleitar y conmover al lector. Difícil sería decir qué es lo más admirable en esta composición, si la tersura, la limpidez del lenguaje, la pintura de los caracteres, la verdad y el colorido de los cuadros, ó la belleza moral de la jóven *Dora*, que más que mujer parece un ángel de bondad y de dulzura, exento enteramente de las debilidades y flaquezas inherentes á la estirpe humana.

Enoch Arden es un modelo, que harían bien en estudiar aquellos poetas que acostumbran á recargar sus composiciones de inútil hojarasca, porque creen sin duda que la poesía consiste en amontonar un interminable farrago de palabras, de frases huecas, y de imágenes que llaman atrevidas, pero que muchas veces son disparatadas. Composición hemos visto que parece un jardín botánico, pues en ella ha reunido el autor la flora de todos los climas, si bien, como es natural, dejando mayor espacio á las plantas exóticas; mientras que otras, en las que encontramos la fauna

toda del planeta, y todos los demás seres que viven en la tierra, en el agua y en el aire, nos recuerdan el arca de Noé, donde según cuentan había un par de animales de cada especie. Los formidables cuernos del búfalo se entrelazan maravillosamente con los blandos tentáculos del honrado, pacífico y casero caracol; la trompa de la mosca se apoya en la del elefante; la rana, sirena de los marjales, mezcla sus trinos con los del ruiseñor y los del asno; y la ballena y el puerco espin juegan á las cuatro esquinas con el sarbo, la ardilla y la babosa.

En *Enoch Arden* encontrarán esos exuberantes escritores un modelo de buen gusto, de concisión y de sobriedad. Seguramente no hay en todo el poema, que consta de más de 900 versos, ni una sola palabra que huelgue; y lo mismo puede decirse de todos los demás idilios de Tennyson. Para nosotros este es uno de los mayores méritos que puede tener toda composición literaria; pero *Enoch Arden* tiene además otros muchos no menos relevantes. Si fuéramos á hacer notar sus bellezas, nos veríamos obligados á transcribir uno tras otro todos los versos de que el poema se compone; y en la imposibilidad de hacerlo, y no queriendo tampoco desflorar el argumento, que es bellísimo y en alto grado interesante, nos limitaremos á aconsejar encarecidísimamente la lectura de ese admirable idilio, que es una de las obras maestras de Tennyson y una inapreciable joya literaria. No necesitamos añadir que á ser posible debe leerse *Enoch Arden* en inglés: nuestra versión castellana, aunque hecha con conciencia, con esmero y con amor, dista cien leguas del original; porque si bien hemos logrado expresar todos y cada uno de los pensamientos del egregio poeta británico, no hemos logrado expresarlos con tanta tersura y tanta sencillez como él. Además, nuestra traducción está hecha en prosa, y seguramente de ese modo hemos logrado ser más fieles y exactos intérpretes del original que si hubiéramos puesto el poema en verso castellano; pero en cambio es innegable que una obra poética pierde uno de sus mayores encantos al perder la forma que le es propia. Un poema escrito en prosa, es como una mujer hermosísima revestida de tosco y mal ajustado disfraz, que embaraza sus movimientos, oculta la belleza de sus formas, y hace desaparecer la majestad de su continente y la gracia y gallardía de su andar.

De intento hemos dejado para el fin las dos obras más importantes de Tennyson, y las que,

segun toda probabilidad, fijarán, más que todas las demás que hasta ahora ha escrito, la atención de las futuras generaciones. Nos referimos á *In Memoriam* y á los *Idilios del Rey*. «La primera de estas obras—dice un juicioso crítico inglés—es algo más que el poema religioso más sublime que se ha escrito en la presente centuria, si bien en una época en que tanto abundan el escepticismo y la duda, es ya mucho hacernos meditar sobre las verdades eternas. Ya se tenga en cuenta la belleza de la forma, ó el profundo sentimiento que rebosa en todas sus páginas, esta monodia es igualmente acreedora á nuestros aplausos. Gracias á sus incidentes, sus imágenes y su lenguaje, tiene el gran mérito de ganar las simpatías de los lectores ingleses, y de embargar su ánimo más profundamente que cualquier otro poema de su género, sin exceptuar tal vez el mismo *Lycidas* de Milton. *In Memoriam* es la vigorosa y espontánea expresión de un gran pesar. La potencia intelectual que el autor desenvuelve en el poema es tan conspicua como el vuelo de su imaginación; y es probable que así como no ha tenido ningún predecesor que se le parezca, tampoco se logrará jamás imitarlo. La forma es enteramente original y peculiar del poeta. En otras cosas ha tenido sus imitadores, pero aquí no tiene cuidado: en este terreno nadie sería capaz de seguir sus pasos, sin que el tiron ménos perspicaz echara de ver que había perdido todo derecho de originalidad. Además, otra razón que explica el atractivo que el poema tiene para esta generación, es la fraternal simpatía que en él se muestra hácia el hombre á quien atormentan las dudas en materias de religión, y la ingenuidad con que esas dudas se discuten en el poema. Este está muy lejos de ser un sermón teológico y dogmático. El autor expresa las diversas dudas que atraviesan su mente y agitan su espíritu, dudas que afectan y agitan á otros tanto como á él; pero la sinceridad del que duda y confiesa sus dudas vale más que la arrogancia del ortodoxo. *In Memoriam* es una concepción sublime, una lamentación vehemente y dolorosísima; es una obra en que preponderan el pesar y la melancolía; mas en los supremos momentos de angustia y de tristeza el alma del poeta vuelve al seno del misericordioso y omnipotente Dios.»

Pero la más bella producción de este poeta, su verdadera obra maestra, es la grandiosa epopeya caballeresca que forman unidos los IDILIOS DEL REY. Los primeros se publicaron en 1859 y obtuvieron un éxito extraordi-

nario, vendiéndose muchos miles de ejemplares en el corto espacio de seis semanas. No podía ser de otro modo, dadas las condiciones de la obra, de esa obra maravillosa en la que el autor, con el sublime vuelo del genio ha logrado, sin perder su característica individualidad, trasladarnos á la época del Rey Arturo, y presentar ante nosotros, en atrevido relieve, los caballeros de la Tabla Redonda. Los idilios (nos parece inútil advertir que por idilio entendemos como los antiguos un poema de cortas dimensiones y no precisamente un poema pastoril) son diez, titulados: *La Venida de Arturo*, *Gareth y Lynette*, *Gerain y Enid*, *Merlin y Bibiana*, *Lanzarote y Elena*, *El Santo Grial*, *Pelleas y Etarre*, *El último torneo*, *Ginebra*, y *La Partida de Arturo*; y aunque nos proponemos ocuparnos de ellos extensamente por separado, nos parece conveniente decir también aquí algunas palabras acerca de los mismos. En estos poemitas llama entre otras cosas la atención el colorido de los cuadros; y la belleza del estilo es tal, que no es dable concebir nada más perfecto y acabado. Pero, prescindiendo de todo eso, ¿no es verdaderamente admirable la empresa tan felizmente llevada á cabo por Mr. Tennyson? En una época tan prosáica y tan positivista como la nuestra, este soñador sublime ha sabido remontarse á regiones donde no llega la vista del común de los mortales, y permanecer allí envuelto en sus propias creaciones, hasta conocer perfectamente al Rey Arturo y á sus caballeros, y, por decirlo así, identificarse con ellos. Si no tuviese otros títulos de grandeza, esa proyección fuera de sí mismo bastaría para hacerle acreedor al dictado de gran poeta; pero no ha cogido flores en el jardín de nadie. Sus creaciones son propias suyas, y no están fundadas sobre anteriores concepciones de otros poetas. Estas leyendas reunidas forman un poema épico, en el que se admira tanto el bien concebido plan como la felicísima ejecución; poema sin igual en asunto durante los dos últimos siglos. El poeta ha levantado un edificio tan sólido y durable como bello; un edificio capaz de resistir sin menoscabo á las injurias del tiempo.

El reputado escritor y hombre público Don Lope Gisbert ha hecho un gran servicio á nuestra literatura poniendo en verso castellano el tercero y el quinto de los *Idilios del Rey*. Es un trabajo verdaderamente admirable por todos conceptos, y esperamos que el Sr. Gisbert no abandonará la empresa tan gloriosamente empezada, y pondrá también los otros

ocho idilios en la hermosa lengua de Castilla.

Ya solo nos resta hablar de Mr. Tennyson como autor dramático. El Poeta Laureado, cual si deseara hacer ostentacion de las múltiples dotes con que le adornó la naturaleza, ha querido cultivar, y ha cultivado con éxito dichoso, un campo jamás hollado por Milton y fuera del alcance de Wordsworth. Sin que creamos como algunos que los dramas *Queen Mary* y *Harold*, que son los que hasta ahora ha escrito Mr. Tennyson, sean tan buenos como muchos de los dramas de Shakspeare, es innegable que *Queen Mary* abunda en pasajes de rara belleza, mientras que *Harold*, que es tal vez una obra menos poética, posee en más alto grado la verdadera forma dramática. Por eso nosotros lo preferimos al primero. Hay sobre todo en *Harold* una escena—la escena del juramento—admirable por su vigor, por su energía, y que no tiene nada que envidiar á las obras del gran autor dramático de la era de Isabel. Además, el último Rey Sajon es un digno protagonista del drama, una creacion noble y elevada, un ser impulsado por la ambicion y animado de las más grandes pasiones humanas. Mr. Tennyson está escribiendo un tercer drama, que esperamos confiadamente no será el último que salga de su privilegiada pluma.

El Poeta Laureado, que desde muy temprano se afilió en la escuela de los *lakistas*, ilustrada por Coleridge y tantos otros, pero que se ha mostrado siempre mucho más cuidadoso que ellos de la belleza de la forma, ha sido llamado *el más clásico de los románticos ingleses*. Sus obras, al ménos las más notables, se han traducido á casi todas las lenguas de Europa, y el autor goza fuera de su país casi de tanta celebridad como en Inglaterra. Hace ya unos veinte años que un crítico francés se expresaba acerca de él en los siguientes términos: «Mr. Tennyson sobresale en la pintura de los sentimientos tiernos y delicados: su sensibilidad natural se muestra en hermosos versos elegíacos, sonoros y armoniosos; el carácter religioso y moral de sus obras ha contribuido grandemente á su popularidad.» En España, donde este poeta es todavía tan poco conocido (1), ha habido sin embargo un escritor que, aunque incidentalmente, le ha elogiado en los más calurosos términos. Ese escritor es el distinguido periodista y orador bilbaino D. Camilo de Villabaso, quien des-

pues de llamar á Tennyson tierno, elegante y excelso poeta, añade: «En Tennyson se reúnen un ingenio noble y lozano, una fantasía serena, un alma elevada, un corazón nobilísimo y ardiente, un sentido íntimo y maravilloso del espíritu de la historia de su país, un sentimiento de familia delicadísimo y tierno, y una moralidad perfecta. El gran Poeta Laureado es el cantor de los idilios más dulces, más sentidos y encantadores que ha producido la lengua inglesa, y el potente y robusto autor de los grandes dramas históricos. En el alma del autor de *Enoch Arden*, de *The Princess*, de *Mand*, de *Harold* y de *Queen Mary*, vive el verdadero espíritu de la historia y del génio inglés.»

Parécenos que lo que llevamos dicho basta para dar una idea aproximada de la peculiar índole del poeta, y de las cualidades que principalmente le distinguen; pero, sin embargo, no podemos resistir á la tentacion de transcribir el juicio emitido por Barnett Smith acerca del poeta y de sus obras en general. «Mr. Tennyson—dice el insigne crítico cuyas palabras hemos repetido tantas veces en las páginas precedentes—es, aunque algo amenerado, el más dulce poeta lírico y el mejor y más vigoroso poeta *idílico* de nuestros días. Es un artista consumado. Su versificación cadenciosa y llena de armonía es intachable; además, está indudablemente dotado de un esquisito gusto y de un discernimiento infalible. Su sencillez y su pureza son el pasmo de sus admiradores, mientras que su rectitud y su elevado espíritu religioso son superiores á todo elogio. Se ha hablado muchas veces de la llaneza de su lenguaje. En el proemio de *In Memoriam*, que consta de unas trescientas palabras, solo hay unas treinta ó cuarenta, es decir, la décima parte—que no sean monosílabos, y próximamente la misma proporcion se observa en toda la obra: singular y sorprendente muestra de la sencillez del lenguaje. Se ha dicho que el de Mr. Tennyson es el más hermoso que se conoce desde que se tradujo la Biblia, y ciertamente este autor ha mostrado de qué manera el pensamiento más sublime puede ir unido á los vocablos más humildes y familiares de nuestra lengua materna. Así se explica el que este autor, que es el autor predilecto de las personas ilustradas y eruditas, sea igualmente comprendido por la gente más ignorante y ruda. Pocos poetas han dejado oír sonidos tan dulces, melodías tan delicadas y exquisitas. Su influencia se ha extendido tanto, que si excep-

(1) En cambio son muy conocidos Paul y Henri de Kock, y váyase lo uno por lo otro.

tuamos á Roberto Browning, todos nuestros poetas contemporáneos se le han rendido y le han imitado consciente ó inconscientemente; del mismo modo que el génio de Byron y Shelley dejó profunda huella en las obras de sus coetáneos. Finalmente, podemos decir de Mr. Tennyson, que no hay entre sus obras principales ninguna que el mundo perdería sin gran sentimiento. Ocupa dignamente, y con universal beneplácito, el puesto de Poeta Laureado, puesto que él ha exaltado, y és que Mr. Tennyson representa el juicio más sano y más profundo, la cultura, el espíritu artístico y la pureza de su siglo.»

Alfredo Tennyson es ya anciano; pero no por eso trabaja con ménos ardor, y cada nueva produccion de su fecunda fantasía parece más bella, si cabe, que las precedentes. Todavía resuena en nuestros oídos su bellissimo canto sobre la heroica defensa de Lucknow, que el autor ha dedicado á la memoria de la virtuosa y malograda Princesa Alicia, víctima de su amor á sus hijos. La dedicatoria es una poesía de levantado estro, que ha herido las fibras más delicadas del pueblo inglés. Pero eso es un privilegio inherente á todas las producciones del gran Poeta Laureado; así es que los editores se disputan sus obras con el mayor empeño. Aún hace poco tiempo que el propietario de un periódico norte-americano dió á Mr. Tennyson más de 10.000 reales por una poesía que constaba apenas de doscientos versos; pues bien, cuando eso se supo en Europa, un periódico inglés se apresuró á declarar que en adelante pagaría á razon de una guinea, ó sean 105 rs. por cada verso cuantas composiciones poéticas tuviera á bien remitirle el Poeta Laureado. En España no se cotizan los versos á tan alto precio. Aquí tenemos otras aficiones. En esta bendita tierra se podría comprar un poema por lo que cuesta un palco de sol para ver una corrida de toros, y dia llegará, y tal vez no esté lejano, en que los poetas, convencidos al fin de que para salir de apuros no les queda otro recurso que hacerse toreros, se despidan de las musas y cultiven el noble arte de Pepe-Hillo.

Vivir para ver.

Terminemos enviando un cariñoso saludo al venerable anciano que, retirado en su magnífica quinta de Farringford, cerca de Freshwater (1), en la hermosa isla de Wight, sigue

(1) La aldea de Freshwater se halla situada en el extremo occidental de la isla de Wight, en la singular península

consagrando sus vigiliás á la noble empresa que le ha valido tantos inmarcesibles lauros. El poeta no debe contentarse con deleitar á la humanidad con la belleza de sus creaciones, debe al mismo tiempo tratar de ennoblecer al hombre inculcándole elevados y generosos sentimientos, dulcificando sus costumbres y empujándole por la senda del progreso. Tal es la altísima mision del poeta, y muy pocas la han comprendido como Mr. Tennyson. Quisiéramosle, sin embargo, más cosmopolita; porque un poeta, y sobre todo un poeta de su talla, es ante todo el cantor de la humanidad, sin dejar por eso de ser el cantor de su patria. La mision de los poetas es una mision de reconciliacion y de amor. Gracias á ellos, tal vez no siempre serán irrealizables utopias esas generosas ideas de fraternidad humana y de federacion universal que han germinado en nuestro siglo al calor de la libertad y á luz de la civilizacion.

¡Que la luz esplendorosa que de las verdes colinas de Freshwater, pobladas de olmos gigantes, ilumina de un modo maravilloso, no solo las sosegadas aguas del Yar, las crepadas ondas del mar de Solent y la antigua Vectis, sino todas las islas británicas, y cuyos fúlgidos destellos llegan hasta los más remotos países de la tierra, no se extinga todavía durante mucho tiempo! ¡Que el noble anciano en cuya augusta frente se entrelazan los cabellos de plata, bello pero perecedero adorno de la senectud, con las verdes hojas de inmarcesible corona, viva todavía luengos años para contento de los que le aman y para bien de las letras y delicia de la humanidad!

VICENTE DE ARANA.

Bilbao 1879.

la que forman el canal de la Mancha y el rio Yar y el estuario del mismo nombre y el estrecho ó canal de Solent, que los ingleses llaman *The Solent Sea* (el mar Solent), y que se extiende entre la isla y la costa meridional de Inglaterra.

ESTUDIOS PEDAGÓGICOS.

INSTRUCCION DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.

ESCRITURA USUAL INVERSA Ó DE CARACTÉRES EN RELIEVE.—SISTEMA DE LLORENS.—REGLAS GENERALES DE ENSEÑANZA.

La escritura usual inversa consiste, según hemos visto en el capítulo anterior, en trazar de derecha á izquierda y al revés las letras de nuestros sistemas usuales de modo que produzcan realce ó relieve y que sean legibles lo mismo para los ciegos que para las personas de vista.

Con mayores ó menores alteraciones de forma en sus trazos esenciales y accidentales y poniendo el mayor cuidado posible para no desfigurar completamente los caracteres mayúsculos y minúsculos de la bastarda y de la redonda, porque en semejante caso se habrían hecho ininteligibles para los que ven y convirtiéndose en convencionales ó esteganográficos, la escritura usual inversa ó de relieve se ha enseñado ó procurado enseñar constantemente á los ciegos desde que existen establecimientos consagrados á su instrucción mediante el auxilio de aparatos distintos, algunos de los cuales como las pautas de Haüy, de Isern, de alambres, de cuerdas y otras, quedan descritos en capítulos anteriores, pero almohadillando convenientemente sus tableros con badana, paño ú otra materia semejante, sin cuya precaución no sería posible que el punzon ó estilo, al rozar la superficie del papel y cualquiera que fuese la presión con que el rozamiento se verificase, dejara huella ó señal en bajo relieve como es necesario que suceda para que las letras aparezcan de realce que las haga perceptibles al tacto en la superficie opuesta.

A la perfección de un sistema de escritura de esta clase, oponíanse por una parte la complicada estructura caligráfica de las letras de nuestros sistemas usuales, así bastardo como redondo, y por otra la dificultad de elegir el tamaño más conveniente para que las yemas ó pulpejos de los índices de entrambas manos pudieran abarcarlas y reconocerlas con facilidad en el acto de leer, sin cuyo requisito poco ó nada habrían ganado los ciegos con saberlas ejecutar.

El exámen de las multiplicadas tentativas realizadas para dotar al ciego de medios sin los cuales no podría comunicarse por escrito con los que ven, pone de manifiesto la preferencia que todos los maestros han dado á las letras mayúsculas romanas ó de imprenta sobre las minúsculas del propio sistema y sobre las mayúsculas y las minúsculas de los caracteres bastardos de toda especie; preferencia que encontramos perfectamente justificada en la igualdad de su altura, en que todas pueden hacerse en cuadrados de las mismas dimensiones y ser el resultado de un solo trazo sin otra excepción que la de que las letras *K* y *X* exigen dos y la de que para formar la *H* y la *T* sin levantar el lápiz, la pluma ó el estilo, hay necesidad de que estos retrocedan por el camino recorrido, y finalmente en que desprovistas de palos altos, de palos bajos, de perfiles finos y de los complicados y caprichosos accidentes con que los caligrafos de todos los tiempos han procurado adornar las de los caracteres bastardos, se prestan con mayor facilidad al reconocimiento, análisis y lectura por medio del tacto.

Mayúsculas redondas ó romanas eran, según parece, las letras de que hizo uso el ciego John de Saint Clair y para cuya escritura inventó la rejilla metálica de que en otro lugar nos hemos ocupado, si bien mientras algunos las consideran como exacta reproducción de las que en las imprentas se llaman titulares egipcias, otros, como el abate Carton, aseguran que no eran sino una imitación imperfecta de las ordinarias, mediante la combinación de la línea recta en distintas posiciones aun en aquellas cuya formación exige forzosamente la concurrencia de la línea curva. Consideramos más acertada la opinión de los últimos y creemos como ellos y como debió creer Saint Clair que todas pueden formarse dentro de los cuadrados de su rejilla, combinando diversamente la línea recta y reproducir las mayúsculas romanas con tan ligerísimas alteraciones que apenas se diferencien de sus respectivos modelos. Lo único que puede suceder y la dificultad que hay que salvar consiste en la elección del aparato más conveniente para que los ciegos puedan formarlas sin tropezar con obstáculos graves, y en simplificar cuanto sea posible las reglas á que ha de sujetarse la formación de cada letra.

Tal es el problema que se propuso resolver nuestro estimado amigo D. Pedro Llorens, profesor de ciegos en la Escuela municipal de esa clase y de la de sordo-mudos de Barcelo-

na, en su *Método y procedimientos para escribir en relieve letras y cifras comunes á los ciegos y á los que ven*, acerca del cual decia Mr. Guadet en *L'Instituteur des Aveugles* perteneciente al 1.º de Abril de 1858, que ofrecia una ventaja incontestable sobre el sistema de Braille, en cuanto con él se forma una escritura legible para todo el mundo, confesion tanto más preciosa cuanto que el que la hizo era el más acérrimo de los partidarios y defensores del sistema de puntos de relieve debido al célebre ciego repetidor del Instituto de París.

Fundándose nuestro Llorens en que la superficie que los puntos de relieve ofrecen al tacto embota por su aspereza la sensibilidad de este sentido, mientras que la suavidad del realce de las líneas contribuye por el contrario á desenvolverla y perfeccionarla, infiere que la escritura en puntos, sobre no ser legible más que para el reducido número de personas que conozcan su clave, perjudica además al ciego bajo el punto de vista higiénico, y debe ceder su puesto á la de caracteres ordinarios que, siendo tambien de realce ó relieve, pueda leerse con igual facilidad por los que ven y por los que no ven. Por eso, porque en su concepto el mérito de las escrituras de esta clase no estriba tanto en los signos de que se componen como en la sencillez, fácil manejo y precio económico de los aparatos en que se escriben; porque la línea no es sino el resultado de la prolongacion de un punto; porque las líneas de dos á ocho puntos pueden trazarse en el mismo tiempo que se emplea para marcar un solo punto, y finalmente, porque los signos se prestan á la escritura y al reconocimiento por medio del tacto con tanta mayor facilidad cuanto más simples sean, creyó dar solucion á las dificultades que el árduo problema de habilitar á los ciegos para entenderse por escrito con toda clase de personas lleva consigo, modificando por una parte la pauta de Braille y por otra el abecedario mayúsculo ordinario de los romanos.

La pauta de Llorens que, como él mismo dice, no es sino la de Braille modificada, consta de tablero y rejilla.

El tablero en que se apoyá el papel destinado á la escritura ha de ser de superficie lisa y pulimentada como el de las máquinas de Foucauld, y puede hacerse de madera ó de hierro. Para sujetar el papel tiene una puntura en el centro del borde superior, otra en el ángulo superior de la derecha y una aldabilla entre ambas, con lo cual y con dos ranuras ó líneas cóncavas abiertas á lo largo de sus

bordes laterales derecho ó izquierdo, dentro de las cuales y á la distancia conveniente existen los agujeros necesarios para recibir las punturas de los extremos de la rejilla y que ésta se ajuste al tablero por encima y por debajo del papel en que se escribe, se suple el defecto del marco ó bastidor que lleva la pauta de Braille, sirviendo la concavidad de entrambas líneas para que el ciego encuentre fácilmente los expresados agujeros cuando tenga que variar la colocacion de la rejilla sobre el tablero, ó como vulgarmente se dice, pasar de uno á otro renglon.

Forman la rejilla ó verdadera pauta dos láminas sobrepuestas, aunque separables y del mismo grueso, hechas de laton, hierro ó acero y taladradas en toda su longitud, que ha de ser la de cada uno de los renglones, en una doble fila de cajetines cuadrados de 5 milímetros de lado, dentro de los cuales se han de trazar las letras. Además, y por encima de cada fila de cajetines, cruza una línea horizontal abierta tambien en hueco ó bajo-relieve, para trazar por ella y que se marquen sobre el papel los acentos y los puntos, y líneas de longitud igual á la de los renglones.

Ambas láminas taladradas y separables, que pueden llamarse rejilla superior y rejilla inferior, se ajustan entre sí por medio de dos agujeros que, abiertos en los extremos de la primera, entran en dos punturas que en correspondencia con ellos y con los de los bordes laterales del tablero se levantan en los de la segunda. Una vez colocado entre ellas el papel destinado á la escritura, sirve la rejilla superior para guiar al ciego en la ejecucion ó trazado de letras y signos, y la inferior para que el mismo papel se dilate sin romperse al recibir la presion del punzon ó estilo, que debe ser de acero y de punta embotada, y se produzca el relieve en todos los puntos oprimidos, siendo además conveniente advertir que debajo de entrambas rejillas, para que el relieve sea más limpio y para la mejor conservacion del tablero, cuando éste es de madera, conviene colocar dos ó más hojas de papel, que por el oficio que desempeñan reciben el nombre de almohadones.

Las modificaciones introducidas por Llorens en las mayúsculas romanas se reducen á suprimir la línea horizontal que en su parte media tienen la A, la E y la F, y á proponer que se representen con los caracteres de sus respectivas minúsculas la B, la D y la Q; y esto no porque los ciegos no puedan darles acaso con mayor facilidad su propia forma

de mayúsculas, sino porque esa irregularidad, más aparente que real, las hace más fácilmente apreciables al tacto en el acto de leer.

Como fundamentos del carácter elegido y de esas modificaciones, alega en primer lugar que la invención del sistema de puntos no ha logrado desterrar el uso de los libros impresos en caracteres usuales de relieve; en segundo, que el realce de las letras comunes es más propio para el tacto que el de las de puntos, y en tercero que aplicando las de su sistema, bastan diez matrices y una trigésima parte del material que para montar una tipografía destinada á imprimir libros de relieve sería necesario si la impresión hubiera de hacerse, como en muchas partes se ha hecho y hace, empleando alternativamente los caracteres ordinarios y los de puntos del sistema de Braille.

Para facilitar la enseñanza de la escritura por su sistema, divide Llorens las letras y los signos en ocho grupos, que aconseja se hagan objeto ó materia de otros tantos ejercicios.

Comprende en el *primero* la ejecución de los trazos que llama fundamentales, á saber: cuatro puntos en los cuatro ángulos del cajetín; seis en dos filas de á tres al borde de los lados perpendiculares y otros seis al de los horizontales; paralelas perpendiculares y horizontales á la dirección de los renglones en grupos de á dos y de á tres, sirviendo de guía los bordes de los cajetines y los puntos medios de los opuestos; diagonales directa é inversa, y por último las cuatro curvas que en unión con la recta perpendicular forman las letras B, D, P, Q; en el *segundo* los signos con que pretende representar las notas musicales, de los cuales no hemos de ocuparnos, al ménos por ahora; en el *tercero* las letras L, F, E, J, T, I, U, O; en el *cuarto* las letras A, V, X, Y, Z, N, Ñ; en el *quinto* las letras B, D, P, Q, S, R, K; en el *sexto* las letras M, C, G; en el *sétimo* los guarismos de la numeración arábiga, y en el *octavo* los signos de puntuación y los que sirven en matemáticas para indicar las operaciones á que se someten los números.

Considerando nosotros que en la estructura de esas letras se combinan sucesivamente con la recta vertical las llamadas horizontal, oblicua y curva, acaso hubiéramos aplaudido la formación de mayor número de grupos y por tanto la graduación de la enseñanza en mayor número de ejercicios, sometiendo al *primero* las letras L, F, E, H y T, formadas por verticales y horizontales; al *segundo*

las letras A, V, X, que lo están exclusivamente por rectas oblicuas; al *tercero* las letras M, N, Ñ, K, Y, que resultan de combinar la vertical con la oblicua; al *cuarto* la Z, formada por dos horizontales y una oblicua; al *quinto* las letras O, C, G, exclusivamente curvas, y al *sexto* las letras J, U, B, D, P, Q, S, R, compuestas de líneas verticales, horizontales, oblicuas y curvas, y nada decimos de la I, porque, como hemos visto, forma parte de los ejercicios preliminares que nos parecen perfectamente graduados.

Aconseja también el profesor de la escuela de ciegos de Barcelona que antes de poner la pauta en manos de aquellos desgraciados, se les acostumbre á la ejecución de los trazos fundamentales y de las letras de los diferentes grupos en un cajetín separado, de mayores dimensiones que los de la rejilla, y que se les ejercite con mucha detención en distinguir unos de otros los lados, ángulos y puntos medios de los lados y en la manera de salvar los ángulos para formar las curvas mayores y menores que entran en la estructura de las letras, y finalmente, como tan práctico y experimentado en la difícil enseñanza á que ha consagrado sus vigilias y su tiempo, da numerosas, excelentes y detenidas instrucciones acerca de los procedimientos y de los recursos á que debe apelar un maestro si desea que los ciegos lleguen á vencer las no escasas dificultades con que forzosamente han de tropezar en la escritura; instrucciones cuya lectura, exámen y conveniente aplicación recomendamos á nuestros lectores.

Al llegar á este punto y antes de dar por terminado con la exposición de algunas advertencias generales cuanto por ahora nos hemos propuesto decir de la escritura en sus relaciones con la instrucción que conviene dar á los ciegos, permítasenos manifestar la extrañeza y profundo pesar que nos causa el hecho de que un sistema, al parecer tan sencillo como ventajoso y útil, no haya traspasado entre nosotros el recinto de la escuela á cuyo magisterio pertenece su laborioso, modesto é ilustrado autor, porque, en efecto, no hallamos razón plausible para explicar la indiferencia con que, al ménos aparentemente, parece haberse recibido por maestros especiales españoles un trabajo debido á otro maestro especial, también español.

El sistema de Llorens podrá no ser perfecto y así lo creemos nosotros, pero aunque no sea sino por las circunstancias de explicar la formación de un carácter de letra que los cie-

gos y los que ven pueden escribir y leer con igual facilidad y por la de que las letras de ese carácter apenas se separan en la forma de las de uno de nuestros caracteres usuales, nos parece ventajoso y útil. Creemos más, y es que, debidamente modificado, tal por quien consagrado directa é inmediatamente á la instruccion de los desgraciados ciegos, pudiera estimar prácticamente las dificultades que á su ejecucion opone el defecto de potencia visual, pudiera llegar á serlo más que cuantos hasta ahora se han inventado para poner á los privados de vista en disposicion de comunicarse por escrito con los demás hombres, sin exceptuar de entre ellos el sistema convencional de puntos de Braille, ni la escritura mecánica de caracteres usuales en la pauta del mismo autor y en las máquinas de Foulcaud, cuya importancia en la educacion é instruccion de los desgraciados ciegos, á quienes han prestado y prestan servicios reales y positivos, hemos consignado en otra parte. Reconocemos tambien que nuestro juicio pudiera no ser acertado, ya que hasta ahora no hemos tenido ocasion de comprobarlo en la práctica ni directa ni indirectamente, ni sabemos que se haya ensayado en nuestras escuelas especiales y oficiales de ciegos fuera de la de Barcelona; mas por lo mismo, y porque su ensayo y aplicacion pudieran poner de manifiesto la utilidad, conveniencia y aun necesidad de introducir variaciones en la forma de las letras, en las reglas de ejecucion, en la pauta y aun en el orden de enseñanza para que fuese más sencillo y fácil y de más importantes y provechosas aplicaciones, deseariamos que los maestros de aquellas, dejando á un lado las consideraciones de un mal entendido espíritu de escuela, si tal hubiera sido, que no lo creemos, la razon de su indiferencia, hagan con el sistema de Llorens lo que han hecho con el de Braille y con otros, esto es, ensayarlo y modificarlo y perfeccionarlo en su caso tanto como sea preciso para que responda mejor á las necesidades de la enseñanza; que lo bueno debe tomarse venga de donde viniere, y no es justo, procedente ni equitativo que un maestro español, siquiera por serlo y por espíritu de nacionalidad y de verdadero patriotismo, merezca de maestros españoles menor consideracion que la otorgada á maestros extranjeros.

Réstanos advertir con un reputado autor, de quien tomamos casi en totalidad, por creérlas acertadas, las reglas generales con que pensamos poner fin á la materia, que los prin-

cipales obstáculos con que tropiezan los ciegos para escribir con alguna regularidad, cualquiera que sea el género de escritura que cultiven, son los que se oponen á que su pulso adquiera firmeza y seguridad, y que aun cuando la aplicacion de pautas y de máquinas se halle sujeta á las reglas particulares oportunamente explicadas, existen sin embargo otras comunes y generales relativas á la mesa, el asiento, actitud del cuerpo, colocacion de los brazos y de las manos, modo de tomar el lápiz, la pluma, el estilo y otras semejantes.

La mesa y el asiento en sus dimensiones y en su colocacion con relacion á la luz, así como la posicion del cuerpo de quien escribe, han de sujetarse á las reglas prescritas para la escritura ordinaria, y á ellas obedece tambien el modo de tomar el lápiz y sentarlo en el papel, mayormente si su corte final es parecido al corte final de la pluma, de la cual nada decimos, porque, como en otro lugar queda indicado, no creemos que los ciegos puedan útilmente manejarla y aplicarla.

Hemos indicado tambien que el punzon ó estilo se toma con los dedos pulgar y medio de la mano derecha, pero sin agarrotarlos, quedando libre el índice, que ha de apoyarse en la base superior de aquel, á fin de comunicarle la fuerza necesaria para que se produzca el relieve, y ahora añadiremos que debe llevarse perpendicularmente al papel en que se escribe; pero sin oprimirlo demasiado, sino cuando la escritura consiste en puntos de relieve, pues entonces la presion ejercida sobre el punzon ó estilo no debe cesar sino cuando se oiga el ruido que produce la rotura hecha en el papel al marcar cada uno de los puntos.

Las máquinas de Foucauld y las pautas de Braille destinadas á la escritura, tanto convencional como usual de puntos, se colocan de modo que sus bordes inferiores sean paralelos al de la mesa, y los aparatos todos con que se escribe la letra usual, en la forma en que los de vista colocan el papel, é iguales principios han de regir en este último caso para la colocacion de los brazos y de las manos, sin otra diferencia que la de que el índice de la mano izquierda debe acompañar siempre al lápiz y al punzon para dirigir sus movimientos.

Advertiremos, por último, la conveniencia de que el maestro se coloque á espaldas del discípulo y detrás de su hombro derecho para inspeccionar sus movimientos, dirigirle ad-

vertencias y llevarle la mano si es necesario en todos los casos, ménos cuando escriba en la máquina de Foucauld, pues entonces debe sentarse á la izquierda ó á la derecha, segun que la escritura que practique sea con relieve ó sin él, para inspeccionar y dirigir convenientemente la posicion de los dedos del ciego en las clavijas del porta-punzon.

PEDRO CABELLO Y MADURGA

SONETOS.

I.

Entre el loco bullicio de la gente,
que ni cede, ni para, ni reposa,
ayer te ví, como vision dichosa,
insensible pasar é indiferente.

¿Por qué? No sé por qué. Mas de repente,
volviendo la cabeza presurosa,
una mirada, en que el amor rebosa,
clavaš en mí, que te juzgué inclemente.

¡Y en vano! Tu mirada, que encendida
voló á buscarme con ardor tan tierno,
iris no fué del alma dolorida,
templar no pudo mi dolor eterno...
¡Cayó en mi corazon triste y sin vida
como en desierta tumba sol de invierno!

II.

¡Ayer pasion y vida y movimiento!
El corazon henchido de alegría
de la sublime virginal poesía
besó mi frente el impalpable aliento.

Jóven y audaz, mi libre pensamiento
en sueños admirables se mecia,
sin que empañara de mi amor el dia
roto giron de niebla ceniciento.

Hoy triste y sin ventura, del pasado
fijo en la dura huella, siento frio
y abatido mi espíritu y cansado...
¡Ah! De tan loco y tanto desvarío,
¿qué resta al fin?—¡Un pecho lacerado
y en el alma la duda y el vacío!

III.

Que te olvide! Mujer, vano es tu ruego,
el lábio que mintió, tarde me implora;
tu súplica ferviente y tentadora
poder no tiene en mi amoroso fuego.

Y no es que amante, y como amante, ciego,
deje de ver la realidad traidora;
es que la gran pasion que me devora
vence mi voluntad, y á ella me entrego.

¡Ni cómo, aunque quisiera, olvidaria!
¡cómo matar memoria que se ama!...
si tu misma vergüenza, al verte un dia,
con lengua que el escándalo proclama,
mis dormidos recuerdos llamaria
al encender tu rostro con su llama!

IV.

Amor y olvido.

Brota del corazon y en la mirada
con lumbre irresistible centellea;
tiene el poder gigante de la idea
y del volcan la intensa llamarada.

Pasion arrolladora y desbordada
que con sus propios ímpetus pelea;
dolor que en sus dolores se recrea;
ánsia rebelde cuanto mas colmada.

¿Quién, bajo el peso del afan ardiente,
de tantas tempestades no ha sentido
estrellarse las olas en su frente?
Yo tambien de sus furias blanco he sido,
y ah! que al pasar la tempestad rugiente
surgió la muerta calma del olvido!

JULIO BURELL.

Abril, 1879.

MISCELANEA.

TEATROS.

En el del Príncipe Alfonso continúan atrayendo gran concurrencia y siendo muy aplaudidos M. Holtun y su esposa. En la presente semana se dará la primera representacion del baile de gran espectáculo *Barba azul*, dirigido por el reputado maestro Sr. Garbagnati, y exornado con el lujo que su argumento requiere, para lo que la empresa no escasea recursos de ningun género.

—El afortunado Circo de Price está presentando todas las noches variedades y ejercicios nuevos, siendo muy aplaudidos los artistas que los ejecutan y digno de elogio el inteligente director Sr. Parish por su actividad y deseo de agradar al público, como lo demuestra contratando nuevos artistas, entre los que se encuentra el popular clown Billy Hayden.

—Los jardines del Buen Retiro son tambien muy favorecidos del público, disfrutando en tan ameno sitio una buena temperatura y agradable paseo. Las funciones del teatro las componen las obras de repertorio.

BIBLIOGRAFÍA.

Discurso sobre el posibilismo, pronunciado en Granada el 27 de Abril de 1879 por D. José de Carvajal. Un folleto de 74 páginas en 4.º Madrid, 1879. Imprenta de la *Revista de Legislacion*.

*
*
*

España y la democracia.—Consideraciones crítico-históricas sobre la revolucion de Setiembre, por D. Mariano Calavia. Un tomo de 304 páginas en 8.º francés. Madrid, 1879. Imprenta de E. de la Riva.